

ESCUELA NACIONAL DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

NAPOLÉON III
Y SU INTERVENCIÓN EN LA POLÍTICA MUNDIAL

TESIS
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
MAESTRO EN HISTORIA UNIVERSAL
PRESENTA LA ALUMNA
MA. DEL ROSARIO SANTANA BRAMBILA

MÉXICO, D. F.

1938



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

NAPOLEON III Y SU INTERVENCION
EN LA POLITICA MUNDIAL

ESCUELA NORMAL SUPERIOR F. E. P.

NAPOLEON III

Y SU INTERVENCION EN LA POLITICA MUNDIAL

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
MAESTRO EN HISTORIA UNIVERSAL

PRESENTA LA ALUMNA

MA. DEL ROSARIO SANTANA BRAMBILA

MEXICO, D. F.

1954

*Con mi eterna gratitud, a la memoria de la Srita.
Ma. Concepción Solís que representó el Alfa
de mis estudios y a la Srita. Soledad de la Mora
que ha sido el Omega de ellos.*

*Un recuerdo para mi inolvidable madre; mi agra-
decimiento y respeto a la Srita. Ida Appendini
y a todos los que han contribuido a mi formación
intelectual y moral.*

CONTENIDO

	Pág.
I Años de preparación y de lucha	11
II Situación política de Europa en la primera mitad del siglo XIX	17
III Francia.—De la República al Imperio	26
IV Napoleón III y su lucha por la hegemonía francesa	32
V La cuestión de Oriente.—Guerra de Crimea	40
VI Intervención napoleónica en Italia.—Francia y el Papado	49
VII Intervención en la política americana.—La utopía de un Imperio Latino-Americano en América	57
VIII Actividades coloniales de Napoleón III.—Alarma inglesa. 62	
IX Oposición europea a la política de Napoleón III.—Austria y Prusia	70
X La guerra de 1870.—Causas y consecuencias.—Advenimiento de la tercera República	77
XI Conclusiones	87
Bibliografía	91

I. AÑOS DE PREPARACION Y DE LUCHA.

A principios del siglo XIX, cuando la familia Bonaparte había llegado a su apogeo, nace en el castillo de las Tuilerías el segundo hijo de Luis Bonaparte, rey de Holanda, y de la reina Hortensia Beauharnais, el día 20 de abril de 1808. En medio de grandes fiestas, fue bautizado por su tío, el Cardenal Fesch en el Castillo de Fontainebleau, y recibió los nombres de Carlos Luis Napoleón. Fungieron como padrinos del acto el emperador Napoleón y su esposa, la emperatriz Ma. Luisa.

Luis Napoleón no gozó por mucho tiempo de los grandes esplendores y comodidades imperiales de que se vio rodeado en sus primeros años, porque con la destrucción del Imperio de su tío, él también tuvo que participar con los suyos, de los efectos del destierro.

En el año 1816 se vio obligado a seguir a su madre al exilio, estableciéndose primero en Augsburgo y después en Arenenberg. Vivió temporalmente en Alemania, Italia, Inglaterra, Estados Unidos y Suiza. Durante su permanencia en estos países, se fue documentando acerca de las doctrinas de la época: el nacionalismo y el liberalismo arraigaron hondamente en su ánimo deseoso de transformar a Francia en una nación fuerte que sirviera de guía y orientación a toda la Europa.

La reina Hortensia se preocupó con especial preferencia de la educación de su hijo Carlos Luis y la encomendó a Mr. Lebás, competente maestro, conferencista de la Escuela Normal y simultáneamente el general Dufour, antiguo coronel de ingenieros del gran ejército de Napoleón, lo iniciaba en la carrera de las armas.

Durante su juventud, cuando estuvo en Ancona, y llevado por sus tendencias liberales, se afilió a la sociedad secreta llamada la "Carbonaria", que entre otras cosas luchaba por la libertad de la Península Italiana. En la revolución de julio pasó a Francia

con intención de formar parte en el ejército de Luis Felipe, pero el Rey, temeroso de admitir en sus tropas a un miembro de la familia Bonaparte, rechazó sus servicios. Como miembros carbonarios él y su hermano Luis Carlos toman parte en la revolución de la Romagna peleando contra el Papa Gregorio XVI. Luis Carlos, que era el mayor de los hermanos, escribe al Papa invitándolo a renunciar al poder temporal y amenazándolo con tomar a Roma. No tuvo tiempo de cumplir sus amenazas porque en marzo de ese año moría en Forlì.

Luis Napoleón salió con vida de aquella aventura, en que estuvo a punto de caer en manos del ejército austríaco, gracias a la caridad desinteresada del Arzobispo de Spoleto, Monseñor Juan Mastai Ferretti, quien le proporcionó un pasaporte y los recursos necesarios para pasar a Suiza. En esta ocasión conoció al que más tarde será Pío IX y al entonces niño de 10 años, Orsini. De esta aventura conservó durante su vida diversos sentimientos: para Italia una profunda admiración y respeto; para Austria, odio y rencor.

Desde la muerte del hijo de Napoleón I, el llamado rey de Roma o duque de Roischstadt acaecida en Schönbrunn cerca de Viena, los Bonapartistas consideraron al príncipe Luis Napoleón como heredero de las prerrogativas de la familia Bonaparte.

Después de la derrota sufrida en la Romagna, Luis Napoleón se establece nuevamente con su madre en Arenenberg en donde comienza sus trabajos literarios. Suiza lo reconoció como ciudadano honorífico confiriéndole el grado de capitán de artillería, pero el joven Napoleón no podía prescindir y quitar los ojos de Francia que lo seducía, como se advierte en la carta que dirigió en el año de 1834 al Consejo Ejecutivo de la ciudad de Berna.

"Si mi Patria o más bien, el gobierno de Francia, me rechaza porque soy sobrino de un grande hombre, vosotros sois más justos conmigo; me envanezco de contarme entre los defensores de un Estado donde la soberanía del pueblo es reconocida como base de la constitución y donde cada ciudadano está dispuesto a sacrificarse por la libertad e independencia de su país".

En otros de sus escritos se ve la esperanza que alimentaba de volver algún día a Francia como ciudadano y como soldado. De Suiza pasa a Strasburgo en donde promueve una asonada en la que fracasa y el gobierno de Luis Felipe lo destierra a los Estados Unidos.

Estudió el problema obrero de tipo inglés y no-teamericano, y soñó con reformas que pudieran aplicarse más tarde en su propio país. La industrialización fue otro de sus intereses durante esta época en que sus ideas liberales iban acentuándose más y más.

Poco después recibe la noticia de la gravedad de su madre, por lo que se ve obligado a regresar a Europa. Este regreso a las fronteras de Francia alarmó al Rey, que íntima a la República Helvética a despedir al proscrito. Para evitar una guerra a la república que con tanta generosidad le había brindado hospitalidad, Luis Napoleón pasó a Londres desde donde organizó la publicación del periódico "Capitolio". Durante su permanencia en Inglaterra, fue bien acogido por la nobleza y continuó sosteniendo estrecha relación con sus amigos y partidarios de Francia.

En 1840 arribó a las playas de Wimereux intentando una insurrección en el puerto de Bolonia; fracasa por segunda vez, es aprehendido y al ser conducido ante el tribunal de los Pares, aprovecha la ocasión para rechazar enérgicamente la imputación que se le hace de intentar en Francia la restauración imperial. Fue notwithstanding sus protestas de fidelidad a la República condenado a prisión perpetua en la fortaleza de Ham, desde donde continuó protestando su respeto a la soberanía nacional.

"Jamás, —escribió al diario de Loiret— he creído que la Francia fuese el patrimonio de un hombre o de una familia; jamás he invocado otros derechos que los de ciudadano francés y jamás tendré otros deseos que ver al pueblo entero legalmente convocado, elegir libremente; salido de una familia que ha debido su elevación al sufragio del país, desmentiría mi origen y mi carácter y lo que es más, atentaría contra el sentido común, si no admitiese la soberanía del pueblo como base fundamental de toda organización política".

En varios de sus escritos en este periodo de reclusión, se nota el deseo de extinguir el pauperismo en Francia, prometiendo trabajar eficazmente en remediar la miseria, si alguna vez llega a ocupar el primer puesto de la nación. Durante su permanencia en la fortaleza de Ham estrechó amistad con Luis Blanc, y se dedicó a estudiar filosofías basadas en las ideas democráticas y socialistas. Luis Napoleón quería dar las tierras incultas a una asociación obrera concediéndoles los créditos necesarios; crear entre obreros y patrones una clase intermedia según las ideas de Prud'homme, legalmente reconocida, elegida por los obreros a ra-

zón de uno por cada diez obreros, con un salario doble. Estos serían los suboficiales de la armada industrial.

Después de un cautiverio de seis años, noticioso de la gravedad de su padre el ex-rey de Holanda que se encontraba en Florencia, pide autorización al Rey para ir a su lado; habiéndosele negado, resuelve fugarse y logra evadirse de su prisión el 25 de agosto de 1846 gracias a la ayuda de sus amigos y en especial del doctor Conneau, admirador y partidario de sus ideas políticas.

Pasa a Londres donde continuará su vida de desterrado y como no puede permanecer sin intrigar, toma participación en los movimientos cartistas. Noticioso de la revolución que se prepara para derrocar a Luis Felipe, pasa inmediatamente a París donde se encuentra con la abdicación y la huida del Rey. Cuando el gobierno provisional tiene noticia de su llegada, lo invita a que se retire del territorio francés, viéndose por tal motivo obligado a regresar a Inglaterra para continuar desde allí sus relaciones políticas.

No pierde ninguna oportunidad y en la Revolución de febrero de 1848 trata de colocarse bajo el pabellón de la República, pero el gobierno provisional lo invita a reembarcarse. Sus amigos de París presentaron una reclamación; hicieron gran propaganda utilizando el recuerdo de su ilustre tío para dar a conocer al príncipe Luis Napoleón. Alegaron que la proscripción de su familia sería para Francia una vergüenza al desconocer los méritos de la familia Bonaparte.

Luis Napoleón, desde sus primeros años, se autosugestionó con la idea de llegar a ser un día lo que fue su tío Napoleón I. Su idea se fortalecía cada vez más y ya no tuvo duda de su glorioso destino, desde que le hicieron una profecía a este respecto.

El príncipe tenía dotes que lo hacían agradable y atractivo al pueblo francés que no olvidaba aún las hazañas del Corzo. Tenía una expresión clara, su trato era cortés y amable, cualidades que él supo emplear para atraer partidarios a su causa.

En un principio fue consecuente en sus planes y hasta demostró inalterable paciencia. Al palpar sus fracasos en los intentos de Estrasburgo a Bolonia que hizo para colocarse a la cabeza de Francia. Más tarde, se nota en sus manejos políticos, gran tenacidad y carencia absoluta de escrúpulos, porque todas las circunstancias las aprovechaba para el logro de sus anhelos.

La edad, la vida licenciosa que llevó y las preocupaciones inherentes a su cargo, así como la enfermedad que minaba su organismo, hicieron que las cualidades positivas que poseía desaparecieran paulatinamente.

En su físico no se encontraba nada digno de admiración y la expresión de su rostro denotaba todo, menos inteligencia y fuerza de voluntad.

Luis Napoleón soñaba en una reforma social que completara las reformas políticas y que asegurara la igualdad verdadera. Quería hacer una combinación singular de militarismo y socialismo.

Por fin llegó el momento en que debían empezar a realizarse sus esperanzas, al ser electo Presidente de la República francesa que él sabrá transformar muy pronto en el coronamiento de sus aspiraciones, que es el Imperio. El Emperador no sabrá poner valla a sus sueños y tratará por todos los medios a su alcance de intervenir en la política exterior, no por amor a la justicia de hacer respetar el derecho ajeno, sino con el único móvil de alcanzar la supremacía en la política europea.

En el ánimo de muchos franceses influye la cultura y preparación del príncipe, unida a la gran simpatía que todavía sentía el pueblo francés por el nombre de Bonaparte. En las nuevas elecciones cuatro departamentos: El Sena, el Yonne, el Charente Inferior y Córcega, protestaron por la exclusión que se le hizo de intervenir en la política francesa y lo nombran su representante. Este acontecimiento causó gran agitación en la Asamblea Constituyente, así como en los republicanos que sentían amenazado de inminente peligro el gobierno recién creado. Ante las críticas y agitación de sus adversarios, Luis Napoleón, como hábil diplomático, dirigió la siguiente dimisión:

"Señor presidente, me envanezco de haber sido nombrado representante del pueblo de París y en otros tres departamentos; esto era a mis ojos una amplia reparación por treinta años de destierro y seis de cautiverio; pero las sospechas injuriosas a que ha dado lugar mi elección, los disturbios de que ha sido pretexto y la hostilidad del poder ejecutivo, me imponen el deber de rehusar un honor que se cree haber sido obtenido con la intriga: deseo el orden y la conservación de una República prudente, grande e ilustrada, y puesto que involuntariamente favorezco el desorden, pongo, no sin vivo pesar, mi dimisión en vuestras manos; espero que pronto renacerá la calma y me permitirá volver a Francia como el

último de los ciudadanos; pero también como uno de los más interesados en el reposo y en la prosperidad de su país".

En septiembre es nuevamente elegido representante de los departamentos de: Sena, Yenne, Mosela, Córcega y Charente Inferior. Desempeñó su representación con mucha prudencia y manifestó siempre respeto a la soberanía del pueblo; esto hizo creer a sus adversarios que era un elemento poco peligroso y de fácil manejo.

Apoyado por obreros, católicos y monárquicos, el príncipe Luis Napoleón logró ser electo presidente en las elecciones de 1848 al terminar el período del general Cavaignac.

En la política exterior de Luis Napoleón, cuando rigió los destinos de Francia, se notó la falta de personalidad que lo hiciera conservar lo logrado y hacerlo prosperar; siempre se notó en sus asuntos la falta de energía y de un plan preconcebido.

II. —SITUACION POLITICA Y SOCIAL DE EUROPA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX.

Francia cree ser la nación más culta del mundo; Alemania hace alarde de su energía popular y de su eficacia en pro del Estado. Inglaterra ensancha y mejora sus vías marítimas que la hacen cada vez más poderosa y pretende conservar su preeminencia en los mares durante cualquier conflagración con una potencia europea, ya sea Francia o Rusia.

Después del tratado de Viena (1815), Europa se encontró exhausta por los grandes sacrificios a que se vio obligada con las continuas guerras de que fue objeto. Por el Congreso de Viena, se estructuró una nueva organización europea. Tres grandes potencias se unen para establecer un sistema de equilibrio que asegure la paz de Europa; nada más grave que delimitar, fijar fronteras y crear Estados sobre un papel.

Las tres naciones que se atribuyen el derecho de repartir políticamente las tierras europeas son: Austria, Rusia y Prusia, monarquías autocráticas.

Europa, desde 1815, queda modificada: Francia es obligada a reconocer sus antiguas fronteras; Inglaterra se ha enriquecido colonialmente a costa de España, Francia y Holanda; Austria adquiere el norte de Italia ejerciendo su dominio absoluto en el reino Lombardo-Veneto y en el litoral del Adriático. Prusia ha logrado la Posnania y el territorio del Rhin hasta la frontera con Francia; Rusia, por su parte, retiene la Besarabia, Finlandia y una gran parte del antiguo reino de Polonia. Los 39 estados de Alemania vuelven a confederarse con una Dieta Federal presidida por Austria; Italia queda dividida en varios reinos y ducados: los reinos de Piamonte-Cerdeña, Nápoles o las Dos Sicilias, los Estados Pontificios y los ducados de Parma, Placencia, Modena y Toscana.

Los reinos de Holanda y Bélgica quedaron unidos con el nombre de Países Bajos gobernados por el príncipe de Orange; Sue-

cia y Noruega formaron un solo reino con gobiernos distintos; Suiza es regida por un gobierno democrático.

Al iniciarse el siglo XIX España era una de las naciones más poderosas por los dilatados dominios que poseía en América.

La debilidad de sus gobernantes permitió la intervención napoleónica a la que el pueblo opuso una heroica resistencia. La Junta Central que gobernó en lugar del monarca ausente entrega sus poderes a una Regencia y ésta a su vez convocó la reunión de las Cortes. Se proclama una Constitución en 1812 y el gobierno de la nación queda representado por las Cortes de Cádiz. Por esta Constitución se limitan los poderes de la monarquía y se hacen algunas reformas de tipo liberal.

A su regreso a España Fernando VII abolió la Constitución y toda la obra legislativa de las Cortes de Cádiz. Se opone a la propaganda masónica que tiende a destruir la unidad política y religiosa del pueblo español; pero no logra evitar la labor que esta sociedad secreta desempeñaba en sus colonias de América que en 1821 proclamaron su independencia. El rey se ve obligado a jurar la Constitución, pero la Santa Alianza interviene y un ejército francés restablece al Rey con sus poderes absolutistas. Por una pragmática, el Rey abolió la Ley Sálica para que pudiera reinar su hija Isabel. Dos bandos se suscitaron en el pueblo español, uno que apoyaba a la primogénita de Fernando VII y el otro al hermano del Rey, Don Carlos. La Santa Alianza apoyaba a este último, pero Inglaterra y Francia a Isabel que ocupa el trono con el nombre de Isabel II, en 1843.

A pesar de la Constitución y de estar apoyada por los liberales, la Reina adoptó una política absolutista que provocó la revolución de 1868 viéndose la Reina obligada a salir de España.

En ausencia de la familia real de Portugal, se mostraron movimientos de carácter constitucional que fueron reprimidos por la regencia. El ejemplo de España hizo que los portugueses al regreso de su rey Juan VI lo obligaran a jurar la Constitución de 1822. Su hijo don Miguel con un golpe de Estado logra abolir la Constitución. Poco después tiene que salir del país y a su muerte queda como heredero su hijo mayor don Pedro el cual, después de dar una Constitución a su pueblo, renuncia en favor de su hija María da Gloria. Durante su reinado se sucedieron muchas luchas políticas entre los mismos liberales que pusieron en vigor diversas Constituciones.

Dos tendencias filosófico-políticas invaden a Europa. Ambas tratan de encontrar una base sólida para hacer descansar la autoridad. La primera descubre esa base, en la Religión y en el Derecho Divino; la segunda, cree haberla encontrado en un sistema social que dé al hombre el mayor logro de felicidad.

La Ilustración del siglo XVIII ha legado al XIX sus ideas de liberalismo y nacionalismo. Por toda Europa se extiende la tendencia de una política más grande y más libre, sobre todo en la Europa Occidental. El nacionalismo y el liberalismo se unen entre sí hasta confundirse y quieren llevar a primer término a la nación, afanándose los pueblos por afirmarse frente al reino vecino o extenderse a costa de éste, para engrandecer su existencia lo más posible como lo observamos en el nacionalismo italiano y en el alemán.

La principal víctima del congreso de Viena fue Italia porque quedó casi en su totalidad bajo el dominio austriaco. Austria había logrado establecer en Módena y Toscana archiduques austriacos y en Parma una archiduquesa austriaca como era María Luisa, la segunda esposa de Napoleón I.

El reino de Piamonte-Cerdeña, que comprendía además los territorios de Génova, Niza y Saboya, era gobernado por un miembro de la casa de Saboya. Este reino estuvo algún tiempo bajo la influencia austriaca que sostenía el poder absoluto en toda la península; Víctor Manuel no se decidió a romper con los austriacos para condescender con sus súbditos que pedían ya desde 1821 la Constitución española; abdicó en favor de su hermano Carlos Félix que estaba ausente, nombrando regente al príncipe Carlos Alberto. Durante su regencia se proclamó la Constitución que fue anulada por un decreto de Carlos Félix. La sublevación de los piamonteses fue sofocada duramente con ayuda de Austria. En 1831 sucedió a Carlos Félix, Carlos Alberto que había sido el apoyo de los liberales en 1821; nuevamente van a poner sus esperanzas en este príncipe que reconoce la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. Finalmente se proclama la Constitución en el reino de Piamonte-Cerdeña. Los revolucionarios piden apoyo a Carlos Alberto que se pone al frente del ejército que trata de arrojar de Italia el dominio austriaco y después de algunas victorias queda derrotado. Carlos Alberto abdicó entonces en favor de su hijo Víctor Manuel II, que en unión de su ministro el conde de Cavour realizan una amplia labor para fomentar en su territo-

rio la industria y la agricultura hasta lograr hacer figurar al pueblo piomontés en la alianza contraída con Inglaterra y Francia en la guerra de Crimea.

El reino de Nápoles, que estaba gobernado por un miembro Borbón de la casa de España, fue el centro de los movimientos revolucionarios que luchaban por la unidad italiana. En este reino se fundó la sociedad secreta llamada la "Carbonaria" que estaba relacionada con toda la península y fuera de ella. En 1820 el pueblo siciliano pide la Constitución y reformas liberales, pero como todos los movimientos de su época, fue sofocado por el poderío austríaco. En 1847 el reino de las Dos Sicilias logra la Constitución. Al año siguiente, al tenerse noticia de los movimientos reformistas en Francia, se excitó el entusiasmo de los liberales italianos que logran el reconocimiento de una Constitución en Toscana, Estados de la Iglesia y Piemonte-Cerdeña; los sicilianos se unen al movimiento patriótico, encabezado por Carlos Alberto, y cuando triunfa sobre éste Austria exige al príncipe de Nápoles la abolición de la Constitución restableciéndolo con sus anteriores poderes.

Unidad y libertad llegaron a ser el lema de las generaciones del siglo XIX que se sienten depositarias de la política. Toda Europa está dominada por la idea de fijar sus fronteras de acuerdo con las regiones ocupadas por su población, o desde el punto de vista que favorezca sus intereses económicos, comerciales y sociales.

El nacionalismo, no sólo ha modificado el mapa de Europa, sino que también ha cambiado la actitud espiritual de los pueblos, formándose los Estados y su economía conforme a esas bases.

Bélgica se separa de Holanda por sus creencias religiosas y al ver la preferencia que el príncipe de Orange demuestra por los holandeses.

Austria-Hungría lleva a cabo una serie de levantamientos y motines que manifiestan sus deseos justificados de formar nacionalidades según su integración étnica: checos, húngaros, polacos, croatas y eslovenos. Los italianos, después de algunos fracasos, logran unificarse.

Los irlandeses luchan contra Inglaterra para sacudir su dominación.

Los polacos pelean a su vez en favor de su derecho nacional, y así los demás estados europeos que habían sido sojuzgados por los más fuertes.

El liberalismo y el nacionalismo logran organizar un partido anticlerical que encuentra apoyo en las sociedades secretas, sobre todo en la masonería que trabaja por el advenimiento de repúblicas democráticas. El programa de las sociedades secretas era el siguiente:

1. Obtener que los reyes y príncipes, que entonces gobernaban, dieran a su pueblo una Constitución.
 2. Hacer de Italia una sola nación, independiente.
 3. Destruir el pontificado para descristianizar al mundo.
- Este tercer punto era secreto de la Suprema Venta, la mayor autoridad de los carbonarios.

Después de 1820 se encuentran elementos revolucionarios esparcidos por todas las naciones europeas y americanas, que pugnan por declarar su independencia en todas partes. La labor nacionalista que propaga las ideas de libertad y derechos del hombre, hace labor intensa en las Universidades y centros Educativos de la época, aprovechando los ardores y tendencias de una juventud exaltada que pronto ocupará puestos importantes en los destinos de las naciones. Todos estos movimientos preparan la unificación.

Después del fracaso de Napoleón, Francia queda empobrecida y obligada a pagar una fuerte indemnización por motivos de guerra. Esto, unido al problema de ocupación de sus territorios por las tropas aliadas, constituye una doble carga para el pueblo; Francia logra al cabo de tres años la evacuación de las tropas aliadas.

Se habían formado varios partidos políticos en Francia destacándose entre todos el monárquico y el republicano. Triunfó el monárquico que logra sostenerse hasta 1848 en que nuevamente se proclama la República.

El zar de Rusia, Alejandro I, fomentó mucho la agricultura y la industria en su país. Trató de llevar todas las técnicas modernas de la Europa Occidental; hizo grandes reformas, ya que estaba imbuido por la política de su abuela Catalina II. En los primeros años de su gobierno ejerció una política liberal. El pueblo y el mismo Zar reaccionaron después contra el liberalismo francés por el destrozo que sufrió Rusia durante la guerra con Napoleón, y anteriormente con el Bloqueo Continental que perjudicó tanto la economía y el comercio de este país. Como en toda Europa, también en Rusia se organizaron sociedades secretas como la de los

nihilistas que, al intentar el asesinato del Zar, sólo consiguió que éste tomara una actitud absolutista.

Alejandro I creyó siempre que era predestinado a desempeñar importante papel en Europa. La baronesa Krüdener tuvo gran ascendiente sobre él, y fue ella quien le inspiró la redacción del documento religioso-político basado en los principios del Evangelio. Este documento firmado por él y sus hermanos, los príncipes de Austria y Prusia, fue la base de la Santa Alianza.

El Zar trató de imponer su voluntad a las decisiones de la Santa Alianza.

Los movimientos universitarios que estallaron en diversos puntos de Alemania imbuidos por ideas liberales, habían provocado en Austria grandes temores y reconveniones contra ellos. El Zar, con la experiencia que había adquirido del complot militar que tramó contra su vida, se puso de parte de Austria y unidas las tres potencias sofocaron todos aquellos movimientos liberales nacionalistas. Todos esos movimientos quedaron latentes hasta que a fines del siglo logran su objeto. Las tres potencias lucharon desesperadamente contra el liberalismo que aparecía por todas partes.

Austria había adoptado un sistema conservador y despótico tanto para su pueblo como para las regiones que dominaba. El príncipe de Metternich estaba convencido de que al hacer una concesión al partido liberal le sería difícil poner una valla a sus exigencias; por tal motivo ejerció en Italia una política de absolutismo inculcable hasta llegar a censurar y desaprobar las reformas que hizo en sus Estados el Papa Pío IX.

Se dedicó el gobierno austriaco a destruir los gérmenes de la vida civil, y hacer desaparecer del todo hasta el más simple deseo de autonomía del pueblo italiano.

Metternich aseguró al resto de los gobernantes de la península italiana, la ayuda inmediata de Austria al menor movimiento revolucionario. En el reino Lombardo-Veneto se estableció un gobernador para cada uno de los Estados con sus residencias en Milán y Venecia. Estableció un sistema de tributación en esta región con el fin de entorpecer toda tentativa de mejorar la industria local; esto restringía notablemente el comercio y hacía muchas veces intolerable la situación de los italianos.

El Sacro Imperio Romano Germánico, fundado por Otón I, fue destruído por Napoleón Bonaparte que anexó los Estados

más débiles a los más poderosos. Habían quedado unidos convencionalmente por el régimen imperial bajo el dominio de Austria. Después del congreso de Viena todos los Estados de la Confederación Germánica se consideraron independientes y gobernados por sus propios príncipes confederados por una Dieta Federal conservando la presidencia Austria.

Los Estados Germánicos no se encontraban bien con el régimen gubernativo de Austria, que era completamente opuesto a sus tendencias liberales avanzadas. De todos los soberanos de la confederación sólo el de Prusia era el menos contrario a sus ideas.

Prusia estaba gobernada por un miembro de la casa de Hohenzollern el cual preocupado por el comercio y la economía de todos los Estados Germánicos los invitó a suprimir las aduanas existentes en cada dominio para facilitar el intercambio y contrarrestar la invasión de los artículos ingleses en el mercado. Se fomentó grandemente la industria local, se establecieron vías de comunicación y muy pronto la Confederación se bastó con su industria. Sólo Austria no quiso tomar parte en el Zollverein lo que permitió que la Confederación se afirmara en su propósito de hacer dirigente de su unificación a Prusia que tan hábilmente los había unido.

En Francfort se reunió un Parlamento germánico elegido por sufragio universal que constituyó un gobierno interno con el fin de unificar a Alemania. La rivalidad de Austria y Prusia frustró los propósitos de la unidad, porque Federico Guillermo IV de Prusia rechazó la jefatura que se le ofrecía y se adhirió a la alianza de Austria y Rusia. Austria y los príncipes alemanes tomaron medidas enérgicas y lograron que la Asamblea se disolviera. El conflicto entre Austria y Prusia por la jefatura de la Confederación Germánica quedaba ya planeado y se resuelve con Guillermo I de Prusia.

Inglaterra había logrado, con su rey Jorge III y su ministro Pitt, participar en la destrucción del Imperio napoleónico. Por motivos de las guerras que tuvo que sostener, el Estado se encontró con gran deuda que tomó proporciones extraordinarias; el comercio y la industria sufrieron una terrible paralización y los enormes abusos de los especuladores provocaron graves protestas que fueron reprimidas duramente por el gobierno.

A la muerte de este Rey le sucede en el trono Jorge IV que

no goza de simpatías por la vida licenciosa que lleva. Su ministro Canning introduce en Inglaterra una política liberal apartándose en un principio de la Santa Alianza.

A la influencia del gran orador irlandés O'Connell se debió la abolición de algunas leyes como la que impedía a los obreros asociarse y declarar la huelga y las disposiciones que excluían a los católicos de los cargos públicos y del derecho electoral.

El gobierno de Guillermo IV se señaló por el famoso bill de reforma de 1832 presentado por el Gobierno Whig (liberal). El bill suprimía la representación de los pequeños burgos y repartía los puestos entre los condados y las grandes ciudades. La reforma estaba muy lejos de los principios democráticos ya que el voto seguía siendo un privilegio y no había proporcionalidad ninguna entre la población del reino y su representación. Los bills trataron de remediar estos inconvenientes siempre dentro de la Constitución cuya principal excelencia era la de admitir una perpetua reforma.

La industria inglesa en este siglo tomó grandes proporciones y su maquinaria tiene gran demanda en toda Europa así como sus artículos manufacturados que inundan los mercados. Se forma una nueva clase social: el proletariado que se agrupa en torno de las fábricas de Manchester, Birmingham y Liverpool.

En 1837 se separó definitivamente los países de Inglaterra y Hannover, ciñendo la corona de Inglaterra la reina Victoria y la de Hannover el Rey Ernesto Augusto.

La reina Victoria supo granjearse las simpatías de su pueblo e influyó en la vida económica, social y política del país. Se rodeó de ministros inteligentes como Palmerston, Peel, Gladstone y Disraeli orientando su gobierno de acuerdo con la Constitución y apoyó siempre al partido predominante en el Parlamento.

El movimiento cartista fue uno de los más importantes durante su reinado. En él se hizo creciente propaganda en favor del sufragio universal. Los elementos socialistas que se iniciaron en esta época con Saint-Simon y Fourier critican la organización social existente y formulan doctrinas tendientes a remediar los males. El gobierno logró dominar la situación y será hasta en 1848 cuando alcancen su preponderancia en toda Europa.

La economía inglesa se transformó de agrícola en industrial

ocasionando la elevación de las tarifas arancelarias. Se luchó hasta derogar las leyes arancelarias sobre el trigo y el ganado extranjero.

Suiza, después del tratado de Viena, se organizó en 22 cantones con una confederación que permitió a cada uno de ellos conservar su autonomía local. Los movimientos nacionalistas de 1848 que invadieron a Europa lograron en Suiza una Constitución que con su Asamblea Federal fue el órgano del poder legislativo; el poder ejecutivo quedó representado por el Consejo Federal, y el Tribunal Federal por el órgano del judicial.

Se concedió al pueblo el sufragio efectivo. Suiza se preocupó de construir vías de comunicación que la relacionaran con toda Europa; es un pueblo que vive del pastoreo, de la agricultura, de la industria y del comercio y amante del progreso. Está gobernada por una República democrática. Grecia, Bulgaria, Serbia y Montenegro formaron parte del Imperio turco.

III. FRANCIA. DE LA REPUBLICA AL IMPERIO

El 24 de febrero de 1848 se nombró un gobierno provisional que fue sustituido en abril por la Asamblea Nacional. Por primera vez durante el siglo XIX se practicó el sufragio universal directo y secreto. Todo francés, varón de 21 años, gozó de la plenitud de sus derechos civiles.

Durante el gobierno de Luis Felipe, Prud'homme apareció laborando en favor de la clase obrera que estaba descontenta en materia religiosa y económica.

Publicó su obra intitulada ¿Qué es la propiedad? en la que declara que ésta es un robo. Y en vista de que el Estado no interviene en su favor, hay que continuar la guerra como origen de todas las habilidades estéticas y causa de las cualidades morales.

Prud'homme puso al futuro candidato a la presidencia francesa, Luis Napoleón, en contacto con la sociedad obrera que había logrado organizar. El príncipe Bonaparte prometió a los obreros, a cambio de su apoyo en la candidatura, la solución de sus problemas.

Las doctrinas de Prud'homme unidas al sufragio universal lanzaron a la clase obrera a la revolución con la esperanza de obtener la libertad y la justicia.

Luis Blanc propuso a la Asamblea Nacional la creación de un Ministerio del Trabajo y del Progreso, pero la Asamblea rechazó tal propuesta.

Los grandes desórdenes que cometieron los obreros y los comunistas al tratar de imponerse a la Asamblea, decidió a ésta a disolver el Comité Ejecutivo y confirió la dictadura al general Cavaignac.

Una vez en el poder Cavaignac tomó inmediatamente serias medidas conducentes a restablecer el orden. Hizo venir las guar-

niciones móviles de su confianza, obró con firmeza hasta que logró restablecer el orden castigando severamente a los promotores de tales desórdenes.

Cavaignac logró restablecer la República y se proclamó la Constitución el 12 de noviembre de 1848.

Se convocó al pueblo para las elecciones del nuevo presidente y se presentaron dos candidatos: El general Cavaignac y el Príncipe Luis Napoleón. Por más de 6 000 000 de votos es proclamado presidente Luis Napoleón.

En todas partes actuó como uno de los más fervientes republicanos y favorecido por la propaganda napoleónica, había logrado gran popularidad, soñando el pueblo francés que con un miembro de la familia Bonaparte, Francia recuperaría aumentada su gloria perdida.

Su residencia presidencial la estableció en el palacio del Elíseo dándole un aspecto principesco y militar.

En un principio colaboró el presidente con la Asamblea nacional para exterminar el poder de la extrema izquierda.

La Asamblea Constituyente había votado una expedición a Italia en 1848 para velar, según ella, por los intereses y el honor de Francia que no quería desempeñar un papel secundario si permitía a España tomarle la delantera en la intervención de restablecer al Papa Pío IX en el gobierno temporal de sus Estados en donde se había proclamado la República Romana. El nuevo presidente manda refuerzos y ordena tomar a Roma con lo que pretende tener de su parte a los católicos apareciendo como defensor del Papa. Ya después se ingeniara para que los liberales, sus antiguos compañeros carbonarios, le den oportunidad de reparar la jugada que les hace al destruir la República de Mazzini.

El Gral. Oudinot logró, después de reñidos combates, ocupar Roma. Luis Napoleón ve la ocasión de quedar bien con todos sus amigos y trata de imponerse a Pío IX antes de permitirle tomar posesión de sus Estados. Presume que logrará de él una amnistía general, la exclusión del clero en los cargos públicos y el establecimiento de un gobierno popular y democrático que él será el primero en evitar en Francia.

Sus planes para congraciarse con los liberales y nacionalistas fracasaron; el Papa no consintió en que la indulgencia con que trata a sus súbditos, aparezca como arrancada a la fuerza

por un príncipe liberal. Pío IX supo mantener su autoridad y dignidad, que si retarda su regreso conserva intacta su soberanía.

Luis Napoleón, durante toda su vida, seguirá practicando sus habilidades en el arte de conspirar que adquirió o perfeccionó como miembro de la "Carbonaria".

No olvida que la espada de la venganza de las sociedades secretas está pendiente, pero va a intentar con su política dualista dejar satisfechos a católicos y liberales.

El Príncipe presidente, que en sus escritos había expuesto un gran programa económico, social e industrial para cuando ocupara el poder supremo de la Nación, había ocultado el móvil de sus acciones que era transformar la República en Imperio.

A su regreso de la expedición italiana, el presidente propuso nuevamente el sufragio universal que la Asamblea había restringido; encontró fuerte oposición de parte del Poder Legislativo que ya adivinaba sus intenciones, pero como el vicepresidente Boulay de la Meunier es adicto a la política de Napoleón, le aconsejó disolviera la Constituyente formando en su lugar la Asamblea Legislativa en 1849.

La Asamblea Legislativa tampoco se prestó al juego y como el presidente advirtió que no le era favorable a sus planes, alegando que es contraria a la República que él ha jurado defender, la disolvió en 1851.

Queriendo dar un carácter legal a sus reformas y sintiendo el apoyo del ejército y el sufragio universal que ha restablecido, convocó al pueblo para que sea él quien apruebe o rechace su conducta.

En esta República democrática se destacaron dos grupos: los republicanos que trataban de consolidar la revolución política y los de carácter marcadamente socialista. Predominó el primero contrarrestando de este modo el poder obrero que a toda costa trataba de adueñarse de la presidencia.

Como los autores del movimiento francés de 1848 fueron en su mayoría obreros, se establecieron Talleres Nacionales que debían de proveer de trabajo a todos los desocupados y el Estado debía pasar un salario a los restantes. Este sistema ocasionó un desequilibrio económico y el gobierno se vio obligado a cerrar los talleres, a pesar de la resistencia del elemento obrero.

Con el triunfo de la extrema derecha, Luis Blanc y los prin-

cipales miembros del sector socialista se ven obligados a refugiarse en Inglaterra.

La Asamblea elaboró la Constitución que confiaba el Poder Legislativo a un Parlamento de 750 diputados y el Poder Ejecutivo quedó representado por el presidente.

Luis Napoleón, hábil político en ese momento, comprende que la Asamblea no le es favorable y piensa disolverla, pero sabe que no es fácil hacerlo por lo que se dedicó primero a buscar simpatizadores. Halagó a los católicos con la expedición a Italia que restablece al Papa; se muestra inclinado a las reformas sociales para granjearse el apoyo de los trabajadores; dicta disposiciones que dan gran auge a la economía para lograr la simpatía de los burgueses; por medio de la construcción de carreteras, canales y ferrocarriles se presenta como impulsador y cooperador de la sociedad que deseaba el engrandecimiento de la Nación, siguiendo los nuevos sistemas aceptados por Inglaterra y Estados Unidos.

No se olvidó del ejército que durante la monarquía había permanecido relegado a segundo término. Napoleón iba a los cuarteles y mandaba que se les atendiera dándoles mayores raciones, vino, champagne; por este medio logró hacer concebir al ejército la esperanza de volver a ocupar su puesto la clase más distinguida y privilegiada.

En mayo de 1850 la Cámara cometió el error de limitar el derecho electoral, privando de este modo a millares de proletarios; esta circunstancia favoreció los planes de Napoleón. Ayudado de su hermano Morny, el teniente coronel Fleury, el general Leroy, Saint-Arnaud y otros disolvió la Asamblea en el aniversario de la Batalla de Austerlitz, el 2 de diciembre de 1851.

Luis Napoleón sabía fingir y representar como hábil actor su papel en la política; la noche anterior, al 2 de diciembre, hizo una brillante recepción en el Eliseo en donde fingió una indiferencia absoluta a todo lo tramado para el día siguiente. Esa misma noche fueron detenidos los diputados que no le eran favorables, entre ellos se encontraban Thiers y Cavaignac.

El presidente lanzó una proclama en la que apelaba al consentimiento del pueblo, a quien como ya vimos reconoce como único soberano de Francia.

Por un plebiscito obtiene del pueblo la autorización para revisar la Constitución de 1848. Modificó el período presidencial

de cuatro a diez años, ref: le permitía con calma encauzar los acontecimientos y cosas, a fin.

Por la nueva Constitución que se publicó el 14 de enero de 1852, dividió el Poder Legislativo en tres Cámaras; el Consejo del Estado y el Senado están integrados por miembros designados por el Presidente y el Cuerpo Legislativo por diputados electos por 6 años. El poder radicó en manos del presidente quien decidía de la paz y de la guerra, concertaba tratados, nombraba para los diferentes cargos y era el único que tenía autorización para presentar ante las Cámaras los proyectos de leyes. Los diputados que eran elegidos por sufragio universal, debían escogerse entre la lista autorizada por el gobierno. Los senadores eran nombrados directamente por el presidente.

El Senado tenía facultades muy amplias, ya que estaba integrado por miembros de la más absoluta confianza del Príncipe-presidente.

Luis Napoleón expidió leyes restrictivas contra la prensa y reformó en sentido conservador lo relativo a la instrucción pública; decretó la libertad de enseñanza; favoreció el desarrollo de Ordenes Religiosas y de los centros religiosos de enseñanza.

Desde los primeros años de la presidencia, Luis Napoleón esperaba su hora convencido que ésta llegaría y así escribió a un amigo: "Yo creo que de cuando en cuando hay hombres creados que yo llamaría providenciales, en cuyas manos se depositan los destinos de sus países. Yo creo ser uno de estos hombres, si tengo razón, la Providencia me pondrá en estado de cumplir mi misión".

Su buena suerte hizo que se realizaran sus sueños. Ni los treinta años de destierro y seis de prisión le hicieron renunciar a lo que él llamaba "su misión". Desde los primeros años de su gobierno creyó que el porvenir era suyo.

Hizo una visita por el territorio francés en la que los bonapartistas desplegaron gran actividad a fin de decidir al pueblo en su favor. Logró el Príncipe presidente entusiasmar a las masas que lo reciben por todas partes con grandes muestras de simpatía y admiración. En París recibió una comisión que le pidió el restablecimiento del Imperio del que durante su gira había hablado con entusiasmo, asegurando ser este sistema de gobierno el más eficaz para conservar la paz.

Estas manifestaciones alarman a la Asamblea Legislativa

porque han comprendido la intención del presidente en la restauración de la dinastía napoleónica.

A su regreso propuso al Senado el restablecimiento del Imperio, pero éste decide que se convoque al pueblo en un plebiscito. Por 7 000 000 de votos el pueblo aprueba el restablecimiento.

Por una ley del Senado, publicada el 2 de diciembre de 1852, se proclamó Emperador al Príncipe presidente con el nombre de Napoleón III. El Emperador se establece inmediatamente en el Palacio de las Tullerías.

El golpe de Estado, urdido astutamente por el príncipe Luis Napoleón y sus íntimos amigos, provocó vigorosa resistencia de parte de los diputados republicanos. Fueron secundados por el pueblo de París, que durante dos días sostuvo recios combates con las tropas imperiales hasta caer vencidos por sus poderosos adversarios; otros descontentos se manifestaron en varios departamentos.

Napoleón III resistió a todos sus opositores y logró imponerse por la fuerza y la violencia; en una sola noche 575 personas; hombres muchos de ellos que ocupaban altos puestos públicos, fueron hechos prisioneros y deportados a Cayena y a otras colonias francesas, sin enumerar todos los descontentos que en gran número fueron encarcelados.

Este segundo Imperio fue reconocido fácilmente por las demás naciones europeas y ostentó en sus primeros años una prosperidad que poco a poco situó a Francia en un puesto preeminente sobre las demás naciones europeas.

Esta superficial prosperidad y el ansia de riqueza estimulada por el gobierno mismo para divertir a la nación, hicieron decir al célebre Emilio de Girardini: "El único trabajo que tenemos ahora es el de hacernos millonarios".

IV. NAPOLEON III Y SU LUCHA POR LA HEGEMONIA FRANCESA

El Emperador quiso realizar una alianza matrimonial con una princesa alemana de la parentela bonapartista o de la familia real de Sajonia, pero no se aceptaron sus pretensiones por considerársele un advenedizo.

Al ser rechazado por las princesas de las viejas dinastías de Europa, Napoleón III decidió contraer matrimonio con la condesa Eugenia de Montijo que pertenecía a una de las principales familias de España. La madre de Eugenia, condesa de la Tena, era una irlandesa astuta e intrigante que se decía descendiente de los reyes de Irlanda. Dio a sus hijas una educación esmerada y pretendió para ellas matrimonios importantes. Después del matrimonio de su hija Paca con el duque de Alba viajó con Eugenia por Francia, Bélgica e Italia. En Francia logró imponer en la recién organizada corte imperial a Eugenia. Napoleón sucumbió al encanto de la condesa española.

La emperatriz Eugenia era de una fascinante hermosura. Su figura esbelta era de impecable forma y derramaba en todo su ser un irresistible atractivo. Era una mujer notable, si bien sus dotes no eran extraordinarias; era intrépida y atractiva uniendo a la gracia femenina, cualidades marcadamente varoniles. Su carácter franco y afable atraía fácilmente las simpatías de todos los que la trataban.

La Emperatriz no era amante de la música, pero en cambio gustaba mucho de la Literatura e Historia; llegó a avergonzar a la sociedad cortesana por sus conocimientos históricos y su dominio en las lenguas francesa, inglesa, española e italiana. Tuvo gustos originales en la organización de fiestas. Fue una mujer digna, adornada de grandes virtudes.

Hijo de este matrimonio fue el príncipe imperial Luis Euge-

nio Napoleón, nacido en marzo de 1856. Después del fracaso del Segundo Imperio se refugió en Inglaterra, se alistó en el ejército inglés y murió poco después en África.

El ser madre del Príncipe imperial dio a Eugenia cierta influencia sobre el Emperador.

La corte francesa en esa época despertó la admiración de las naciones de Europa porque supo rodearse de personas dedicadas a las distintas ramas de la ciencia y de las artes.

En el trono Luis Napoleón permaneció amable y sencillo; era llano, afable cuando quería salir de su solemnidad habitual. El Emperador gustó del lujo y del boato; no escatimó dinero para él y los que lo rodeaban. Tomando de su época las veleidades humanas y los sueños socialistas de la misma, conservó siempre algo de romanticismo político y social. Desgraciadamente tiene menos inteligencia que corazón y es todo lo contrario de un espíritu claro. Sabe vagamente a dónde quiere ir en su política, pero no tiene la lucidez necesaria para considerar fríamente los medios que lo conduzcan a su fin; tampoco sabe prever las consecuencias de sus decisiones; no tiene una voluntad ilustrada para la política, pero en cambio posee la terquedad del débil; no sabe tomar informes, tampoco puede penetrar en los argumentos que se le presentan y no quiere ni sabe discutir. Uno de sus contemporáneos dijo: "Sucede que en la conversación sigue obstinadamente su sueño lejano". Era demasiado fatalista para decidirse verdaderamente. Cree demasiado si no a la acción de una Providencia, al menos a la fuerza de las cosas para acomodarlas a su voluntad.

Su ambición no tuvo límites, vio, conoció, estudió las corrientes políticas, económicas, industriales, científicas y artísticas de su tiempo y deseó ponerlas al servicio de Francia. Quiso serlo todo y abarcarlo todo, pero careció de método y de perseverancia en la aplicación de sus sueños y teorías.

Creó tener una capacidad infinita para llevar a la acción sus ambiciones y sólo logró, en muchos casos, remedar mal y torpemente lo que otros países desarrollaban en gran escala. Su cultura, heterogénea, carecía de profundidad. Sabía el italiano, el inglés, el alemán, el latín; había estudiado la Economía Política, la Historia Universal, la Filosofía social, el Arte Militar; pero desconocía casi por completo las Letras y las Artes.

Napoleón III estaba imbuido en las doctrinas de su época,

sobre todo las de Saint-Simon, Proudhomme y Luis Blanc tratando de establecer el socialismo de Estado de este último. Fomentó organizaciones benéficas para la protección de los obreros. Tenía como a uno de sus principales consejeros a su hermano el duque de Morny, hombre inteligente pero de costumbres depravadas y ambicioso, que fomentó en Francia las mejoras materiales pero al mismo tiempo secundó la política absolutista y autoritaria que desarrolló el Emperador hasta el año de 1860.

El Emperador adoptó en la primera etapa del Imperio (1852-1860), una política autoritaria. Todo el poder reside en el Emperador. Prometió la paz a Francia diciendo: "Tenemos inmensos territorios incultos que explotar, caminos que abrir, canales que terminar, ríos que hacer navegables, vías férreas que tender. Frente a Marsella tenemos vastos dominios que asimilar a Francia".

El Emperador se propuso granjearse a la nación para que no echara de menos las libertades que había perdido. Empezó grandes obras materiales como la construcción de carreteras, ampliación de redes ferroviarias, aumentó las líneas y rutas de vapores trasatlánticos considerablemente; fomentó el establecimiento de astilleros. Se preocupó por fundar establecimientos de crédito que favorecieron el comercio y la agricultura. Fundó escuelas, asilos, hospitales y modernizó las grandes ciudades de Lyon, Burdeos, Marsella y sobre todo París que a costa de enormes sumas logró convertirla al cabo de pocos años en la ciudad más hermosa y salubre del mundo. Dio impulso a la industria y al comercio interior y exterior.

Durante este primer período del segundo Imperio se nota la intervención política del Estado en la economía. Napoleón III acepta las ideas de Proudhomme que daba tanta importancia al crédito y hace que el Banco de Francia tenga filiales por todo el país para facilitar las transacciones.

El Senado, el Cuerpo Legislativo y todo el poder estaban en manos del Emperador.

La Prensa fue sometida a la más estricta censura. Después de tres advertencias podía un periódico ser prohibido definitivamente. Al parecer quiso sinceramente mejorar las clases obreras, pero no les concedió libertad de unirse en sindicatos.

Napoleón III se consideró en 1860 capacitado para interve-

nir en la política aduanera y liberal y con tal objeto celebra con Inglaterra el tratado de "Cabden" que le había de ser fatal.

Apoyado por la Constitución que le concedía la facultad de contraer tales contratos preparó sigilosamente el de Cabden y cuando ya estuvo asegurado fue puesto en vigor. Lo esencial del contrato consistió en la abolición de las prohibiciones de exportación, así como los aranceles de entrada. El Emperador quiso facilitar a los fabricantes la competencia con el extranjero concediéndole créditos para la modernización de sus maquinarias. Los aranceles aduaneros, que anteriormente habían sido concedidos a otros países, también se concedieron a Inglaterra.

Estos tratados fueron de acuerdo con la Unión Aduanera Alemana, con Bélgica, Italia, Suiza, España, Holanda y Austria. En verdad estos tratados no llegaron al completo libre cambio como en Inglaterra. Sólo algunos oficios adoptaron la forma de gran industria, como la industria algodonera en la Alta Alsacia y en la Normandía y la industria de los hierros en Le Creusot. Se despertó en el pueblo francés gran laboriosidad. Hubo múltiples inventos y afición por el ahorro. El tratado comercial con Inglaterra perjudicó a unos departamentos y favoreció a otros, de aquí una de las causas del descontento de los sectores burgueses e industriales.

Nuevas leyes y medidas desarrollaron el espíritu emprendedor, la especulación y el engrandecimiento de la riqueza pública. El Emperador había dictado la franquicia de derecho para muchas materias primas propias de la industria. Constantes decretos modificaron la Constitución de 1852, sin que llegara nunca la prometida libertad. Se produjeron agitaciones de carácter religioso por las relaciones difíciles e inconstantes entre el gobierno y el clero, entre el Emperador y el Papa.

Los Bonaparte siempre fijaron su vista en los primeros puestos y ávidos de pensiones y empleos, pusieron en apuro al Senado para dejarlos satisfechos.

Napoleón III quiso demostrar a toda Europa las riquezas de la Nación y con este objeto preparó en dos ocasiones grandiosas Exposiciones Universales en París que fueron visitadas por los soberanos europeos.

Los obreros, que fueron al principio favorables al Imperio pasan poco a poco al partido republicano democrático al ver que sus condiciones de vida no han mejorado. El descontento se por-

ne de relieve en el Manifiesto de los sesenta que es el siguiente: "El sufragio universal nos ha dado la independencia política, pero todavía debemos lograr la libertad social. Se ha repetido hasta el exceso que ya no hay clases, que desde 1789 todos los franceses son iguales ante la ley. Pero nosotros, los que no tenemos otra oportunidad que nuestros brazos, que cada día hemos de someternos a las legales o caprichosas condiciones del capital, que vivimos bajo leyes de excepción, no podemos fácilmente creer en esas afirmaciones. Nosotros, que no siempre tenemos los medios de aprender a leer, en un país cuyos diputados estamos llamados a elegir, nosotros que no podemos organizar la educación artesana por la imposibilidad de reunirnos y de asociarnos, y que vemos esta palanca importante del progreso convertida en privilegio del capital, no podemos hacernos ilusiones. Nosotros, cuyos hijos pasan sus jóvenes años en fábricas malsanas y desmoralizadoras o están de aprendices en una especie de servicio doméstico, nosotros, cuyas mujeres tienen que abandonar la casa para realizar un trabajo excesivo: nosotros, que no podemos entendernos para defender pacíficamente nuestro salario o para asegurarnos contra el paro, afirmamos que la igualdad consignada en la ley no existe en la vida y está todavía por realizar. Quién, sin el capital ni instrucción, no puede resistir mediante la libertad y la solidaridad con sus semejantes a la presión de las exigencias egoístas, cae necesariamente bajo la dominación del capital y ha de ver sus intereses subordinados a los intereses ajenos".

Los obreros aprovechan la oportunidad de la Exposición Universal en que tuvieron contacto con los obreros de otras naciones, sobre todo con los de Inglaterra, podrán pedir entonces el establecimiento en Francia de Cámaras de Trabajo, Tribunales Arbitrales, Oficinas de Conciliación, Seguro Social, Vigilancia de los contratos de Trabajo. Aunque ya habían logrado el derecho de asociarse, pedirán fomento de asociaciones obreras, el establecimiento de una caja para sostener a los huelguistas y sobre todo insisten en la abolición de la inspección gubernativa sobre las asociaciones de trabajadores.

En Francia se concedió el establecimiento de una Asociación Internacional de Trabajadores que estuvo funcionando regularmente por algún tiempo mientras no tuvo manifestaciones políticas de ninguna clase; pero cuando ésta criticó la política de Napoleón III, fue disuelta y sus jefes fueron castigados.

Napoleón, al querer dar a Francia la hegemonía, trató de intervenir en la política exterior intentando desempeñar el papel de árbitro de las dificultades políticas no sólo europeas sino también americanas.

A partir de 1857 se empezó a notar un movimiento de descontento y oposición a la política imperial, descontento que se resolvió en hechos como el atentado del conde de Orsini. Al ir los Emperadores a la Opera, Orsini y sus compañeros arrojaron tres bombas sobre el carruaje que los conducía. Los soberanos resultaron ileso pero ciento cincuenta y siete víctimas pagaron con sus vidas dicho atentado. Pocas horas más tarde fueron capturados Orsini y Pieri. El abogado defensor de Orsini pronuncia un discurso que llenó de pavor al ánimo de Napoleón III, porque le hizo recordar la guerra de la Romagna, en que el excarbonario se batió en Sprieto contra el poder Pontificio y de eso fue testigo Orsini.

Orsini, como republicano que era, se negó a pedir gracia al Emperador y antes de morir le dirigió una carta en la que se contradecía esta amenaza: "Que Vuestra Majestad sepa que mientras Italia no sea independiente, su tranquilidad y la de Europa no serán más que una quimera...".

La política exterior del Emperador comenzó con la cuestión de Oriente. Por esta intervención Napoleón se une a Inglaterra, era una de sus aspiraciones tenerla de su parte. Francia, vigilada constantemente por la Sta. Alianza es sospechosa en Europa después del primer Imperio. El concierto europeo acababa de romperse por las ambiciones de una de las monarquías que la integran, Rusia, Francia e Inglaterra tenían forzosamente que aparentar una amistad que en el fondo no existía.

El acercamiento de las dos naciones rivales complacía profundamente a Napoleón III que pensaba que Francia continuaba su política secular.

Al contraer el Emperador la alianza con Inglaterra se comprometió a no buscar ninguna ventaja particular. Napoleón III sueña con mantener en su puesto al Sultán de Turquía, conservar la influencia francesa en el Mediterráneo: defender a Alemania y a toda Europa de las probables invasiones del Zar.

Está convencido de que lograría modificar a Europa engrandeciendo a Prusia y a Alemania. Sueña en dar a Polonia su libertad, a Austria la Moldavia en lugar del reino Lombardo-Veneto

que complacer a sus adversarios los carbonarios. Con sus obras e ilusiones parecía decir al mundo entero: "Cuando uno se llama Napoleón, hace voluntariamente el papel de amo del mundo". La realidad de los hechos le hizo comprender lo irrealizable de sus ambiciones.

Cuando en su política utópica fracasaba, sustituía un sueño por otro sueño, una empresa por otra empresa. Cuando vio que Austria no había tomado parte en la cuestión de Oriente y que su política había fracasado, Napoleón se unió con Italia en la alianza Franco-Sarda por la que pensó aniquilar a Austria. Sólo consiguió para Italia la Lombardia pero él anexó a Francia los ducados de Niza y Saboya.

En 1861 el Emperador intervino en los Balcanes proponiendo a los Principados de Moldavia y Valaquia que se unificaran, lo que logró a pesar de la oposición de Turquía.

Inglaterra y Austria trataron de impedir la unión de esos dos principios que lograron unificarse en un país, Rumania, con su gobernante Carlos I de Hohenzollern, pariente de Napoleón y del rey de Prusia. A Bélgica la amenazó seriamente con motivo del arreglo de caminos de esta nación.

Napoleón fomentó el engrandecimiento de Prusia al estallar la guerra entre ésta y Austria. Sólo sirvió de intermediario para recibir de Austria, Venecia y entregarla a Prusia que ésta a su vez la da a Italia por la participación que había tomado en la guerra. El Emperador parece sorprendido y llega a amenazar a Prusia en el discurso de Auxerre.

La alianza francesa con las potencias europeas, pareció a veces rebustecer al Imperio, pero la mayor parte de las veces lo debilitó.

Napoleón III queriendo dar a su gobierno una especie de autorización popular, trató de apoyar la dinastía en instituciones liberales. Cuando notó la oposición que había suscitado su política, trató de mejorar su sistema centralizador y autoritario, pero no obstante sus concesiones, Francia no está satisfecha de él.

Embarazado por sus propios errores y desaciertos, su prestigio empieza a decaer exterior e interiormente; las tropas enviadas a Siria para proteger a los cristianos maronitas evacuaron ese país, ante la inflexible desconfianza del gobierno británico. Su amistosa interposición en favor de la sublevada Polonia fue desechada por Rusia y finalmente su idea de reunir un Congreso Internacio-

nal que arreglase todas las dificultades exteriores, no encontró ni un solo partidario entre los gobernantes de Europa. Pero su mayor desacuerdo, su error político más grave fue la expedición armada a México.

Estos fracasos dieron mayor animación a los opositores de su gobierno y la ocupación de Roma le atrajo las antipatías de Italia.

Europa no estaba tranquila. Se necesitaba descontenta y Francia bien pronto se encontró sin aliados y sin grandes simpatías en el momento preciso que su gobierno la empeñara en una guerra fatal.

Poco a poco se preparó el fatal desenlace que ocasionó la ruina de Francia. La Exposición Universal de 1867, con sus enormes gastos adherentes; los empréstitos ampliamente realizados; la multiplicación numerosa de caminos y carreteras; los enormes gastos para establecer el telégrafo y el teléfono en casi todas las poblaciones de Francia; el desmedido número de empresas comerciales e industriales que dieron lugar a la competencia, pero sobre todo, un lujo exagerado y corruptor, fueron minando poco a poco el Imperio.

Las múltiples dificultades interiores obligaron al Imperio a buscar su salvación en una guerra para ver si el prestigio militar podía salvar de la ruina al decaído gobierno.

El 2 de enero de 1870, Napoleón nombró un Ministerio liberal representado por Olivier, pero en todos los actos y determinaciones del ministro, se advirtió la influencia del Emperador. Somete a la sanción del pueblo las nuevas reformas como se advierte en la proclama de Napoleón publicada en Abril de 1870 que había de ser la última del Imperio. Los medios que se emplearon tuvieron buen éxito y el plebiscito en junio dio la mayoría de votos al Imperio aunque se notó mucho retraimiento en la votación de París y la mayoría de esta ciudad fueron contrarios. En el ejército se vio que gran mayoría se abstuvo de dar su aprobación.

Los que estaban a favor del Emperador esperaban dar otra sanción a la dinastía napoleónica tratando de que obtuviera la gloria militar.

V. LA CUESTION DE ORIENTE.

GUERRA DE CRIMEA.

El advenimiento de Luis Napoleón a la presidencia no fue bien aceptado por los soberanos europeos y no sólo por los que integraban la Santa Alianza, sino también los del resto de Europa. Este malestar se acentuó cuando se supo que Napoleón era proclamado Emperador. Nadie ignoraba la ambición que guiaba las acciones de los Bonaparte.

La solicitud que Napoleón III presentó a la Sta. Alianza para ingresar a ella, suscitó grandes discusiones entre los soberanos; el ministro prusiano opinaba se le negara el título de hermano y sólo se le designara con el nombre de "señor y buen amigo". El Emperador de Austria, Francisco José, fue más consecuente y opinó se le debía conceder a Napoleón III lo que solicitaba ante ellos.

Prusia siguió el ejemplo de Austria. Sólo el zar Nicolás I no quiso designarlo de otro modo que el de "buen amigo". Napoleón tuvo que conformarse por el momento con esa situación.

Rusia se consideraba con cierto derecho expansivo por el triunfo que obtuvo en 1848 en la llamada Cuestión de Oriente, que terminó con el tratado de San Stéfano que impuso a Turquía. Por este tratado Rusia logró el dominio sobre Polonia. Pero Rusia no está conforme y quiso asumir además la protección de las poblaciones ortodoxas de los Balkanes, los Zares se consideraban sucesores de los antiguos monarcas bizantinos y por lo tanto reclamaban amplios poderes religiosos y políticos sobre el territorio.

Viendo las potencias europeas los progresos expansivos del Zar Nicolás I trataron de detenerlo por el Convenio de los Estrechos en virtud del cual ningún buque de guerra podía atravesar los estrechos de los Dardanelos y el Bósforo.

El Imperio Otomano, que era la presa tan codiciada por Ru-

sia, comprendía Asia Menor, Siria, Egipto y la Península de los Balkanes llamada también Turquía Europea.

Rusia, en 1853, ve la ocasión de lograr su propósito aprovechando el descontento reinante entre los otomanos de religión musulmana y los cristianos y judíos que predominaban en los reinos de Rumania, Siria, Bulgaria y Grecia. Estos cristianos, que practicaban la religión ortodoxa, eran vejados constantemente por el despotismo musulmán que sólo los toleraba en el Imperio por los tributos que pagaban, pero no gozaban de ningún privilegio como los otomanos. Después que Grecia logró su independencia ayudada por Inglaterra y Rusia, el Sultán quiso reorganizar su Imperio adoptando una política de tolerancia que encontró abierta oposición en los "viejos turcos" que eran partidarios de la tradición.

Nicolás I creyó que había llegado el momento de actuar y obtener del Sultán el derecho de ejercer el protectorado sobre los reinos de religión ortodoxa en el Imperio, juzgó que la debilidad del monarca prusiano y la amistosa actitud de Austria le permitirían fácilmente desintegrar al Imperio Otomano. Había sido rechazada la propuesta que Rusia hizo a Francia para que se unieran y obligaran a Turquía a aceptar los acuerdos de las dos naciones respecto a la ocupación de los Stos. Lugares.

Turquía aceptó en 1852 la propuesta de Rusia, de conservar el "statu quo" favorable a la iglesia ortodoxa.

Claramente se notaron las intenciones de Rusia que no quedó conforme con esta superioridad alcanzada sobre Francia y propuso a Inglaterra una alianza para intervenir ella en los ducados del Danubio y los Balkanes mientras que Inglaterra se apoderaría de Egipto. Inglaterra rechazó la proposición y Rusia decidió actuar sola.

Esta actitud de Rusia alarmó grandemente a Europa que consideró sus rápidos progresos en la mejora de su armamento y en la expansión lenta pero decidida por las mesetas asiáticas y sus intenciones públicas ya de invadir el Imperio Otomano.

GUERRA DE CRIMEA.

El pretexto de la lucha se presentó con la disputa entre monjes latinos y ortodoxos ya que eran los grupos más numerosos de

los sectores cristianos que luchaban la posesión de los Santuarios, templos, altares y demás objetos de culto.

Los pueblos cristianos que ocupaban el Oriente del Mar Adriático y la Península de los Balkanes y Grecia, gemían desde el Siglo XVI bajo el yugo turco que despreciaba a todo estado de religión diferente a la suya.

Rusia tomó la defensa de los monjes griegos presentando su descontento a Constantinopla y exigiéndole concesiones arbitrarias.

Napoleón III tomó la defensa de los monjes latinos, pero cuando conoció las intenciones de Rusia de invadir el imperio otomano, se unió a Inglaterra con Turquía para detener el avance moscovita.

Napoleón no tiene buenas relaciones con Rusia y además no ha olvidado la injuria que Nicolás le infirió al negarle el título de Emperador; ésta es la ocasión propicia para reparar tales ofensas.

Nicolás I quiso sacar el mayor provecho de la cuestión de Oriente y asegurarse el imperio en los Balkanes.

En marzo de 1853 se presentó el ministro ruso Menschikoff ante el Sultán con misión extraordinaria de su gobierno.

Menschikoff exigía nada menos que el derecho de protectorado sobre los súbditos del Sultán. Al ser rechazadas tales pretensiones, el ministro ruso presentó un ultimátum y se embarcó para Odesa. Toda Europa, principalmente Francia, protestó ante la actitud de Rusia.

Napoleón III aconseja a Constantinopla rechace las exigencias de Nicolás I. Desde este momento se temió que Francia se comprometiera en una guerra Ruso-Turca.

Todavía se negociaba en Viena para evitar la guerra cuando el ejército ruso avanzó. El turco trató de interceptarle el paso, pero fue destruída su flota por los rusos en Sinope.

La flota franco-inglesa se acercó a los Dardanelos. Napoleón III había redactado un compromiso ruso-turco, que según él debía arreglar todo. En agosto de 1853 se creyó evitar la guerra, pero Turquía rehusó el compromiso por parecerle que esto conferiría muchas ventajas a Rusia; ésta por su parte, se sostenía a base del Ultimátum a Constantinopla.

Nicolás I movilizó sus tropas invadiendo el territorio Otomano por los principados de Moldavia y Valaquia, acción que

hace se rompan las hostilidades. Rusia se va a encontrar sola frente a Inglaterra, Francia y Piamonte.

La escuadra francesa del Mediterráneo partió para Grecia; los ingleses fueron más lentos en obrar convencidos de que sólo se trataba de disputas por la posesión de los Stos. Lugares.

Palmerston, ministro inglés, logró decidir a Inglaterra acudiendo con Francia al Mar Negro para proteger a los turcos. Napoleón III estaba orgulloso por esta alianza con Inglaterra ya que esta evolución acercaba a los dos enemigos más antiguos de Europa, Francia gobernada por un Bonaparte que intervenía en Turquía lo ilusionaba a continuar la política tradicional y secular.

Napoleón III había escrito a Nicolás I invitándolo a un armisticio; la armada rusa abandonaría la Moldovalaquia y la escuadra aliada saldría del Mar Negro y a continuación se negociaría la paz.

A pesar de que Napoleón quería dar gloria a su armada, vacilaba sinceramente en romper la paz y correr el riesgo de la aventura. Estas vacilaciones le valieron ataques de sus adversarios que vieron en esto una retirada vergonzosa. Este tiempo de titubeos, no se aprovechó para alistarse y cuando llegó la ocasión, Francia estaba casi imprevista. Se pensaba que la guerra consistiría en una demostración de tropas al desembarcar en Turquía, y Rusia se apresuraría a pedir la paz.

Las potencias aliadas exigen mediante un Ultimátum, la evacuación de los principados del Danubio y concertaron una alianza ofensiva y defensiva con la Puerta.

El puerto de Sebastopol, situado al sur de la Península de Crimea, es elegido para ser el primer punto en que se ataque al enemigo por ser éste su principal baluarte. Este puerto, situado en el Mar Negro determina que el principal objetivo militar de esta campaña se dirija sobre todo contra las fuerzas navales del enemigo.

La escuadra de los aliados parte, a mediados de septiembre, del puerto búlgaro de Verna. El desembarque se hizo con resistencia. La primera acción de armas fue en la ciudad de Alma. Queda victorioso el ejército aliado. De haber seguido al enemigo fácilmente se hubieran apoderado de la ciudad, lo que hubiera abreviado al ejército aliado tanto tiempo en el sitio de Sebastopol.

El ejército francés, compuesto por 30 000 hombres, estaba bajo las órdenes de Saint-Arnaud y los 25 000 que formaron el

ejército inglés al mando de Lord Raglan que había peleado contra los franceses en compañía de Wellington.

Se temía que en el momento de unirse el ejército francés con el inglés se provocaría un choque por los viejos odios, pero no sucedió así y la cordialidad fue en apariencia sincera. El transporte de tropas se hizo en forma irregular, por carecer de buques suficientes pues éstos habían sido destinados a cargar los cereales que hacían falta en el territorio.

Se escogió para el desembarque Galípoli por la situación estratégica que conservaba sobre los Dardanelos y se trató de interceptar el paso a los griegos que habían abrazado la causa de Rusia. Decidieron retirar las tropas navegando sin abandonar la costa hacia el sur y de renovar el ataque. El tiempo que perdieron en hacer esta travesía, lo aprovecharon los rusos en hacer más sólidas sus fortificaciones y como la ciudad no fue posible cercarla totalmente, los rusos pudieron seguir recibiendo provisiones en Sebastopol.

Las tropas francesas habían llevado de Marsella el contagio del cólera que hizo grandes estragos en el ejército durante su permanencia en Verna.

El 19 de septiembre de 1854 la armada aliada llegó frente al fuerte de Sebastopol, el día 20 se comenzó el ataque.

Sebastopol estaba bien defendida por mar. Por orden de Menschikoff dos de los mejores barcos obstruyeron la entrada de la flota aliada que va a permanecer en la inacción. Por tierra estaba descuidado Sebastopol, porque los rusos nunca pensaron en ser atacados creyendo estar bien protegidos por las altas montañas. El ataque lo esperaban los rusos por el norte, pero los aliados, que no pudieron utilizar la flota que no pudo penetrar en la rada, tuvieron que proceder en forma distinta a lo previsto.

El ejército aliado decidió esperar. Las tropas vigilaban la ciudad y el grueso del ejército descansaba a una distancia razonable de los bastiones. Esta acción armada mas que una guerra fue un sitio.

En octubre se abren las trincheras y se preparan las baterías a 900 metros de las murallas. Pocos días después se bombardeó la ciudad que contestó enérgicamente.

Los rusos se decidieron a atacar el centro de operaciones de los ingleses que a favor de la obscuridad lograron sorprender. El ejército inglés se rehizo y rechazó el ataque de los rusos del sur.

Poco después se presenta otro ejército ruso por el norte. De haber llegado junto con el del sur, hubieran puesto en gran aprieto al inglés. El ejército francés fue en su ayuda y como los rusos renovaron el ataque estuvo en peligro el pabellón francés de caer en manos del enemigo. El ejército aliado logró finalmente rechazar al ruso con grandes pérdidas por ambos lados.

En París se creyó que Sebastopol había caído en septiembre o no tardaría en caer y ver que las operaciones siguieron sin ninguna ventaja de parte de los aliados, se votó una leva de 140 000 hombres.

Napoleón III no había olvidado el manual de artillería que había publicado cuando fue coronel en Suiza y creía ser competente en este punto, por lo que protestó contra los trabajos del sitio de Sebastopol y urgó porque se cortara toda relación con el puerto.

El Emperador redactó las siguientes proposiciones que envió a la corte de Viena.

1a.—Que los ducados del Danubio, Moldavia y Valaquia, tuvieran un protectorado colectivo de las potencias europeas y no únicamente de Rusia.

2a.—Hacer libre la navegación en el Danubio.

3a.—Suprimir o limitar las flotas y el ejército ruso en el Mar Negro.

4a.—Protección para los cristianos de Turquía de una manera compatible con la soberanía del Sultán, es decir, sin que el Zar se aprovechara para establecer la hegemonía en Constantinopla.

En diciembre de 1854 Viena firma sobre estas bases un tratado de alianza con París y Londres. Por un momento se creyó que Austria intervendría en la lucha, pero la alianza de Francia e Inglaterra con el reino de Piemonte-Cerdeña, su mortal enemigo, la hizo continuar aislada del movimiento aliado.

El zar Nicolás I muere sin haber logrado su intento de anexarse el imperio otomano. La muerte del Zar hizo creer a las potencias aliadas que estaba próxima la paz, pero Alejandro II se contentó con seguir la política de su padre. Viena siguió negociando con el Zar la paz y Rusia aceptó los cuatro principios del tratado, pero no los detalles del desarme de la flota rusa en el Mar Negro que interesaba a Inglaterra y Francia.

Drauyñ de Lhuys trató con Viena de la neutralización del

Mar Negro o a lo menos la limitación de las fuerzas rusas y que Austria obligara a Rusia por un Ultimátum a que aceptara dichas proposiciones, no lo consiguió. Este hecho comprobó que Austria no tenía aptitudes para interventora.

Napoleón III estaba persuadido del triunfo y concibió la idea de dirigir personalmente los trabajos en Crimea, convencido de que esto bastaba para terminar la guerra. Manifestó su pensamiento a los ingleses que se apresuraron a disuadirlo. El quedó convencido de que se le disuadía para que su presencia en Crimea no oscureciera la armada británica y por una ignorancia crasa de su talento militar.

Los que rodeaban al Emperador estaban muy inquietos como lo demuestran las palabras de Persigny "Si él va, el ejército está perdido y habrá una revolución".

Durante la guerra de Crimea, Napoleón y la emperatriz Eugenia visitaron a la reina Victoria en Londres para sellar la alianza que habían pactado desde hacía un año. La Reina de Inglaterra dejó escritas las impresiones que tuvo del Emperador; admiraba su calma, su franqueza, la confianza en su "estrella" y decía que era de admirar que ella, la nieta de Jorge III hubiera bailado con el emperador Napoleón III sobrino del mayor enemigo de Inglaterra.

En esa visita, naturalmente se habló de Crimea y el Emperador insistió en dirigir la guerra; la Reina, para desviar al Emperador de tales proyectos, objetaba la distancia y el peligro, a lo que Napoleón contestaba infaliblemente con su fatalismo resignado: "El peligro está en todas partes...".

Como la idea del Emperador ya era pública, Bismark escribió lo siguiente: "Se afirma que el Emperador irá a Crimea para poner en razón a los generales y luego, si Sebastopol no se deja tomar, conducirá su armada a Constantinopla para recoger la sucesión de la Puerta y fundar un Imperio Latino".

Esta declaración de Bismark indicaba que el ministro prusiano ya conocía el terreno por donde había de atacar a su futura víctima.

Napoleón urge para el bloqueo de Sebastopol y manda, nota tras nota, muchas de ellas contradictorias; él quería hacer una larga campaña en el interior de Crimea. La unidad de comando no estaba establecida y con mucha frecuencia se suscitaban des-

acuerdos entre el ejército aliado. Se pensó destruir Kertch puerto que abastecía a Sebastopol.

Cansado de la guerra el general Canrobert dejó su lugar al general. Pelissier. Francia, como Rusia, estaba impaciente juzgando inútil una defensa que costaba más de 250 hombres por día.

Rusia ordenó un ataque a las trincheras enemigas pero fue rechazada por los aliados.

En esta época la reina Victoria devuelve la visita al Emperador. Las grandes fiestas de París hicieron olvidar por unos días la situación tan difícil del ejército aliado en el sitio de Sebastopol.

Los rusos fortificaban y multiplicaban sus minas, mientras que los aliados adelantaban sus trabajos de ingeniería hasta 25 metros del Puerto de Malakof.

El 5 de septiembre los 800 cañones de los aliados comenzaron a bombardear por todas partes y Malakof quedó arrasado. Al día siguiente continuó el bombardeo suspendiéndose repentinamente, lo que hizo creer a los rusos que había llegado el momento para el asalto. Los rusos sacaron sus reservas y el fuego se extendió causándoles grandes pérdidas; no pudieron repararlas y sectores enteros de la ciudad estaban entregados a las llamas. Poco después, unos barcos cargados de alcohol y pólvora, destinados a las minas de Malakof explotaron.

Bosquet, general francés, se aprestó para el asalto. El polvo y la humareda impedían a los rusos ver el avance de los aliados. Los oficiales, con la espada desenvainada, entrenaban a sus hombres; se estableció un combate cuerpo a cuerpo y media hora después el pabellón de los zuavos flotaba en Malakof. Después de una lucha tan encarnizada, Aortakakof hizo evacuar la ciudad y antes del amanecer, las embarcaciones transportaron a la orilla norte a los defensores de Sebastopol.

Después de un sitio de once meses, lograron los aliados tomar el puerto ruso. El cañón de las Inválidas en París anunció la gran nueva.

Con la caída de Sebastopol, los aliados obtuvieron una completa victoria y aunque Inglaterra quería continuar la guerra, Francia no estaba en condiciones para continuar. Napoleón, viendo la actitud de Inglaterra, afirmó que si la guerra continuaba debía ser con el fin de libertar a Polonia. Como esta proposición afectaba a Inglaterra, Austria y Rusia, las naciones contendientes se apresuran a firmar la paz por el tratado de París en 1856.

Francia, tratada hasta ahora como sospechosa, volvió a tomar parte en la familia europea.

En el tratado de París se aceptaron las 4 bases aprobadas por Viena y además la neutralización del Mar Negro. El Sultán con un decreto mejoró la situación de sus súbditos cristianos pero no comunicó este decreto a las potencias; el tránsito del Danubio, vigilado por una comisión internacional, Moldavia y Valaquia serían independientes pero seguirían como tributarias de Turquía. Aunque Napoleón propuso la unión de Moldo-Valaquia con el nombre de Rumania no lo aprobaron Inglaterra y Turquía sino años más tarde. Rusia tuvo que ceder a Moldavia una parte de Besarabia lo que le impedía dominar en adelante sobre el Danubio.

En el curso de las negociaciones se mostró claramente un acercamiento de Francia con Rusia que no fue bien visto por Inglaterra.

El Congreso de París coincidió con un gran acontecimiento para Napoleón III, porque el nacimiento del Príncipe imperial aseguraba el porvenir del Imperio.

Napoleón estaba orgulloso porque le parecía que sólo él había resuelto la cuestión de Oriente y el crédito político francés quedaba restablecido.

Esta guerra da la impresión de un episodio quijotesco porque en el fondo del problema no existía el odio nacional que causa las guerras. El Emperador se consideraba árbitro de Europa y de la reunión de este Congreso decidió continuar su influencia política ayudando a Italia a sacudir el dominio austríaco.

Esta guerra costó a Francia más de 100 000 hombres.

VI. INTERVENCIÓN NAPOLEÓNICA EN ITALIA.

FRANCIA Y EL PAPADO.

Italia en el siglo XIX, fue el teatro escogido para la revolución que debía agitar a toda Europa.

El atentado del republicano Orsini unido a las reiteradas súplicas del conde de Cavour, primer ministro del Rey de Piemonte Cerdeña, movieron al emperador Napoleón III a trabajar en pro de Italia.

El conde Camilo de Cavour preparaba, desde hacía mucho tiempo, la unidad italiana; convencido de que Italia sola no podría unificarse, busca el apoyo de la poderosa Francia.

Cavour logra hacer que el ejército piemontés tome parte en la guerra de Crimea al lado de Inglaterra y Francia. No le interesa la suerte de Turquía, sino participar en el tratado que ponga las bases de paz.

Cuando en el tratado de París se puso fin a la cuestión de Oriente, ya en el momento de separarse los plenipotenciarios, todo el Congreso vio con sorpresa que los representantes de Francia e Inglaterra, Walewski y Clarendon, toman la palabra para tratar un asunto que sólo al de Piemonte interesa. En su discurso hacen patente el despotismo del príncipe de Nápoles y la falta de organización en los Estados Pontificios. Cavour tomó la palabra y con estudiada calma denunció la tiranía de Austria en el reino Lombardo-Veneto.

La paz que se firmó en París no fue más que una declaración de guerra en forma de paz que trajo la ruina del derecho político en Europa, dando origen a una serie de guerras que culminarían con la Franco-Prusiana en la que Francia quedaría completamente aniquilada.

Al terminar la guerra de Crimea, Napoleón celebra una entrevista en Plombières con el Conde de Cavour, comprometiéndolo

se a prestar ayuda a Italia para arrojar el dominio de Austria que desde el tratado de Viena ejercía en el territorio norte de Italia.

Cavour prometió a cambio de los servicios de Francia los ducados de Niza y Saboya; no se detiene en sacrificar esos ducados, el primero, la cuna de la casa reinante y Niza la patria de Mazzini y Garibaldi.

Austria había venido ejerciendo desde tiempos atrás un protectorado despótico que fue preparando poco a poco los ánimos hasta provocar gran agitación y descontento en el pueblo italiano, descontento que aprovecharon los agentes del partido nacionalista para su causa.

Rotas las hostilidades en 1859 entre Austria y el Piamonte, el gobierno francés por la liga Franco-Sarda-Piamontesa se declaró a favor de Italia y el mismo Emperador, nombrando regente a la emperatriz Eugenia, se colocó al frente del ejército francés para unirse a las tropas piamontesas.

El ejército austriaco al mando del general Hyulai, contaba con un contingente de 150 000 hombres; le hubiera sido fácil el triunfo, pero la poca pericia y mala organización de sus dirigentes los llevó al fracaso.

Napoleón III no era un estratega como su tío, pero la suerte y mala organización de su adversario le dio oportunidad de realizar en una rápida campaña, que sólo duró cincuenta días, los triunfos de Montebello, Magenta y Solferino por los que logró desalojar al ejército austriaco de la Lombardía.

Ya se hablaba en el ejército francés de bombardear a Venecia cuando inesperadamente el Emperador cambió de parecer y, entrevistándose con Francisco José Emperador de Austria, en Villafranca, ponen las bases de la paz de Zurich.

Por este tratado, Austria se compromete a abandonar la Lombardía contenta de terminar las dificultades y de conservar a Venecia sin que Prusia haya intervenido en la contienda.

El Emperador de Francia estaba alarmado de las enormes bajas en su ejército, de la actitud tomada por Prusia al movilizar sus ejércitos para ocupar el Rhin y, sobre todo, por la desconfianza que le inspiran la falta de seguridad en la neutralidad de Inglaterra y Rusia.

Un motivo más grave hace al Emperador suspender sus operaciones en Italia y es, la agitación de los católicos y diplomáticos

franceses que protestan por el atentado que se hace contra la autoridad temporal del Sumo Pontífice.

Es lógica la célebre frase del escritor español Donoso Cortés: "En el fondo de toda cuestión política se encuentra siempre una cuestión teológica o religiosa".

Un filósofo, miembro de la Iglesia Protestante, escribió refiriéndose a la autoridad temporal del Papa lo siguiente: "Llenando y para llenar su misión religiosa, ejerciendo y para ejercer su potestad espiritual, el Pontificado ha tenido necesidad, absoluta necesidad de independencia y de un cierto grado de autoridad material".

La idea de Mr. Guizot que expresó en un discurso tocante al gobierno Pontificio, según él "había que reconocer que en el Pontificado el poder espiritual y el temporal, están unidos íntimamente, son necesarios el uno al otro y deben subsistir o caer juntos y que al atacar y menguar el poder temporal del Papa, se ataca y mengua también su poder espiritual".

Esta idea de la autoridad temporal del Papa es falsa y errónea ya que la Historia nos ha comprobado todo lo contrario; no están los dos poderes vinculados tan estrechamente como lo asegura Mr. Guizot, que al nacer uno forzosamente tenga que arrastrar al otro; lo palpamos en la Cuestión Romana que al ser despojado el Papa de sus Estados no menguó en lo más mínimo su poder espiritual.

Tampoco es exacta la afirmación del Conde Cavour de que la Iglesia vivirá libre en un Estado libre. El Papa necesitaba un Estado en donde él fuera la única autoridad y así quedó definido en el Tratado de San Juan de Letrán en 1929 por el que se reconoció la autoridad temporal del Papa en la ciudad del Vaticano.

Napoleón obligó a Víctor Manuel a firmar la paz con Austria y a conformarse con el tratado de Zurich.

Al tenerse noticia de la actitud que había tomado el Emperador francés, los italianos se indignaron y Cavour imposibilitado para hacer desconocer a su Rey dicho tratado, renuncia a la magistratura, convencido de que finalmente será él quien triunfe de Napoleón.

Cuando el Emperador regresa de Italia quiere dar a su gobierno todo el aspecto exterior de un gobierno liberal y con este objeto decreta una amnistía general para todos los desterrados por

motivos políticos que en número de siete mil se habían refugiado en Bélgica, Inglaterra y otras naciones.

Por la paz de Zurich todos los Estados italianos quedaron confederados y se invitó al Papa a la reforma de sus Estados. Napoleón deja una guarnición francesa en Roma y al siguiente año Cavour logra con la ayuda de Garibaldi la anexión de Modena, Parma, Toscana y la parte Norte de los Estados Pontificios al reino de Cerdeña.

A pesar de las protestas del Papa Pío IX y de los católicos, Napoleón obliga al Papa a conformarse con la mutilación de sus Estados. Su política es cada vez más liberal y aunque públicamente exige a Víctor Manuel que respete lo que queda de los Estados de la Iglesia; en privado le desea buena suerte y le aconseja darse prisa en su obra.

Para cubrir las apariencias y condescender con las peticiones de la emperatriz Eugenia y de los católicos franceses, Napoleón deja la guarnición en Roma hasta 1870 en que se ve obligado a retirarla por la guerra franco-prusiana que se avecinaba.

El Papa Pío IX trató de que Austria ejerciera un gobierno moderado en Italia o que abandonara sus dominios para que se autogobernaran; Inglaterra y Rusia le aconsejaron una política conciliadora; todo fue en vano hasta que por la fuerza de las armas se vio obligada a abandonar el reino Lombardo-Veneto, la Lombardía en la guerra Franco-Piamontesa-Austriaca y Venecia por la guerra que tiene que sostener con Prusia y el Piamonte.

VII.—INTERVENCION EN LA POLITICA AMERICANA.—LA UTOPIA DE UN IMPERIO LATINO-AMERICANO EN AMERICA.

La más peligrosa y arriesgada de las aventuras políticas de Napoleón III fue la de América.

Desde hacía algunos años, dos partidos venían disputándose la presidencia en México: los liberales y los conservadores. Los primeros se proponían imitar la grandeza de la Unión Norteamericana y su admiración por ésta era tanta, que olvidando el amor patrio, soñaban en la anexión de todo el territorio mexicano al país de su ideal.

Los conservadores, de ideas moderadas, trataban de proteger el patrimonio legado por España en su religión y cultura. Como es comprensible, ellos buscaban un apoyo en Europa. Los del primer partido llamaban a los del segundo traidores a la Patria, calificativo que no sé a cuáles se adaptaría en verdad, si a los que piden ayuda para establecer la paz en la Nación con una forma de gobierno que ellos pensaban ser la más adecuada y dirigida por un príncipe extranjero que renunciaba a su Patria para ser ciudadano mexicano, o aquéllos que pretendían unir a nuestra Patria con los Estados Unidos que conceptuaban grandes por su industria aunque no por sus principios morales y culturales.

Los liberales lograron colocar en la presidencia al Licenciado Benito Juárez que no fue aceptado por el partido conservador. Hubo entonces dos presidentes: Juárez apoyado por el partido liberal y Zuloaga por el conservador. Juárez se vio obligado a permanecer en algunas ciudades hasta radicarse finalmente en Veracruz.

Las continuas guerras entre los dos bandos y el gran pillaje que a la sombra de éstos se desarrolló, devastaron rápidamente nuestra Nación.

El presidente Zuloaga hace que el embajador de México en París Juan N. Almonte trate de negociar con Napoleón III la ayuda de Francia. Se pensó en la formación de un ejército nacional dirigido por uno o varios generales franceses para asegurar en el poder a Zuloaga representante del partido conservador. Walewski, ministro francés, se opuso a tal proyecto por reconocer que esta dictadura comprometería a Francia con Inglaterra. Napoleón III, aunque simpatizó con la idea, no la aceptó ya que no representaría él el papel principal y quedaría relegado a segundo término. Estas negociaciones se interrumpieron al ser Zuloaga reemplazado por el general Miramón.

La Unión Norteamericana, que desde la independencia trató que México dependiera de su política, reconoció a Juárez como legítimo presidente de México. Con este apoyo, Juárez pudo continuar la revolución y sufragar los gastos económicos con los ingresos que recibía de las Oficinas Aduanales de la costa que era la principal fuente del gobierno mexicano; hizo frente así a la situación y se mantuvo en el puesto presidencial.

Miramón, por el contrario, se encontró en situación muy crítica y tuvo que recurrir a medios extremos, como el de contraer un empréstito público con la Banca suiza Jecker y recibió tres y tres cuartos de millones de francos en metálico a cambio de setenta y cinco millones de francos, los que deberían ser amortizados en plazos determinados. En otra ocasión se vio obligado, por circunstancias apremiantes, y mandó allanar la casa de un agente financiero inglés que estaba protegida por el sello de la Embajada Británica para incautarse la suma de 600 000 dólares que habían sido depositados por el gobierno mexicano para satisfacer las demandas de poseedores ingleses de títulos de un empréstito público mexicano.

Después de algunas derrotas de Miramón, se vio obligado a salir de la nación mexicana y buscar como tantos otros mexicanos un asilo en Europa. La salida de Miramón dejó el campo libre a Juárez que en 1861 se trasladó a la capital. El gobierno de Juárez ejerció fuertes represalias sobre el partido conservador y en todos aquellos que lo habían favorecido. Dictó las Leyes de Reforma, nacionalizó los bienes de la Iglesia, suprimió los privilegios del clero, dio libertad de pensamiento, disolvió las órdenes religiosas y entre todas las personas que expulsó del país, incluyó al emba-

jador de España, alegando la ayuda que había prestado al partido enemigo.

Los europeos que habían venido con miras financieras vieron entorpecidos sus negocios por ambos partidos, requerimientos, empréstitos forzados, incendio de haciendas, etc.

Los inmigrados pidieron protección a su Patria, pero por la anarquía dominante en México, no había a quien hacer responsable. Francia, en 1858, envió una flota y dos años más tarde París y Londres hicieron sus reclamaciones de indemnización al gobierno mexicano.

México se obligó a pagar la deuda contraída con el extranjero y las flotas de las naciones europeas se retiraron de las costas mexicanas.

Los mexicanos que habían emigrado a Europa desterrados o huyendo de la anarquía fueron muy bien recibidos sobre todo en Francia, Inglaterra y España. Entre esos mexicanos se encontraban José Ma. Gutiérrez Estrada, Juan N. Almonte y José Hidalgo, que no habían cesado de intrigar en las cortes europeas sobre todo en la francesa para interesarla en pro de México.

Desde el gobierno de Zuloaga, se nombró a Hidalgo secretario de la embajada mexicana en París. Hidalgo había conocido y frecuentado la casa de Eugenia de Montijo y cuando ésta fue Emperatriz de Francia continuó dispensando su amistad al joven mexicano.

En una de sus entrevistas con la Emperatriz, Hidalgo le habló de la situación en que se encontraba México. Eugenia escuchó con atención al diplomático Hidalgo que le hacía descubrir la grandeza en la misión de restablecer la paz y dar la felicidad a un país destrozado por la división de partidos. La Emperatriz vio en todo eso una oportunidad de ganar para el Imperio francés una nueva y fácil gloria que quizá lo hiciera recobrar su decadente popularidad.

La emperatriz Eugenia había buscado en los asuntos políticos un olvido a las infidelidades conyugales de Napoleón. En un principio no fue aceptada su cooperación, pero poco a poco el Emperador se acostumbró a tratar con ella todos los asuntos políticos y esta confianza se acentuó más en los últimos años del Imperio en que la enfermedad y lo complicado de los asuntos, obligaron a Napoleón a acudir a ella.

Eugenia se decidió a tratar el asunto de México con el Em-

perador y de las proposiciones de los mexicanos para que él interviniera estableciendo un Imperio.

Napoleón III, desde que estuvo prisionero en la fortaleza de Han, estudió la América Central y concibió la idea de la construcción de un canal que uniera los océanos: el Atlántico y el Pacífico. Él pensaba separar la América anglo-sajona de la latina. Cuando le hicieron la proposición del establecimiento del imperio en México, creyó que sus sueños de antaño estaban por realizarse. Con esa monarquía utópica pensó detener el poderío de la Unión Norteamericana que lo preocupaba. Napoleón III, que era muy sensible a todos los honores que se le negaban, no había podido olvidar la actitud de la Unión Norteamericana al transformarse en Emperador destruyendo una República democrática del agrado de aquel país. Este rencor había aumentado en el Emperador cuando en la guerra de Crimea los EE. UU. demostraron sus simpatías por Rusia.

Hidalgo logró interesar en su favor a Napoleón haciéndole ver el gran peligro en que se encontraba México por la política avasalladora de la Unión Norteamericana que amenazaba terminar con la influencia latina en toda América a la vez que su poderío naval pugnaba por apoderarse del comercio mundial. Al aceptar Napoleón la solicitud que le hicieron algunos mexicanos para establecer el segundo imperio en México, no obró por querer dar a nuestra nación la paz que tanto necesitaba; él vio un medio de enriquecerse adquiriendo en nuestro país las materias primas que necesitaba su industria.

Napoleón III quería realizar la empresa que se le proponía, pero estaba temeroso de la actitud de Inglaterra y España. Él comprendía que la Unión Norteamericana se opondría y tal vez invocaran la doctrina de Jacobo Monroe que siendo presidente de esa Unión en vista de la actitud de la Sta. Alianza en su mensaje anual al Congreso en diciembre de 1823 desconoció todo intento de colonización e intervención por parte de Europa en territorio americano. La frase que encierra dicha doctrina: "América para los americanos", inquietaba al Emperador de los franceses y buscaba la manera de eludirla y de llevar a cabo su empresa. Napoleón III creyó haber encontrado la solución en la guerra civil de los estados del Norte y Sur de la Unión Norteamericana ya que estaba seguro del triunfo de los estados del Sur que simpatizarían con el Imperio que él iba a fundar en México.

Napoleón logró que Inglaterra y España se unieran a él para reclamar al gobierno mexicano el pago de la deuda extranjera.

Reclamaron el pago de los bonos de la Banca Jecker que Juárez, había declarado nulos. Sin previo acuerdo con las naciones interesadas había suspendido por dos años los pagos y el servicio de intereses de los empréstitos extranjeros.

En vista de la actitud de desafío que mostró Juárez, el embajador de Francia, conde de Saligny, rompió las relaciones diplomáticas con México y su conducta fue imitada por el representante de Inglaterra Sir Charles Wyke. El embajador de España, que los había antecedido propuso de acuerdo con el embajador francés una inmediata intervención armada, Wyke aconsejó sólo la ocupación de algunos puertos.

La noticia de tales acontecimientos hizo creer a los mexicanos emigrados que era el momento de intervenir en México y establecer el Imperio.

Estrada había logrado atraer a sus ideas muchos partidarios y el grupo conservador lo autorizó para ofrecer al Archiduque Fernando Maximiliano de Austria la corona imperial. Se consultó al Emperador de Austria si daba su aprobación, lo que hizo éste con gusto ya que vio el momento de alejar a un príncipe de ideas liberales como era su hermano.

Los Estados Unidos, ocupados con la guerra que tenían en casa, no pudieron prestar toda la ayuda que Juárez esperaba. Las negociaciones de Juárez ofendieron a muchos de sus partidarios que se pasan al bando enemigo.

Todos estos acontecimientos afirmaron más a los partidarios del Imperio en su propósito.

La ocasión pareció llegar en la participación que iban a tener Inglaterra, Francia y España para hacer efectivo el pago.

Napoleón III se decidió finalmente y prometió su ayuda a Hidalgo; éste se comunicó inmediatamente con el general Almonte y con Gutiérrez Estrada. Estrada se entrevistó con el archiduque Fernando Maximiliano para asegurarle la protección de Napoleón.

El Emperador de los franceses, apremiado por la Emperatriz y los mexicanos residentes en París, llevó a cabo las negociaciones de Miramar firmándose el tratado el 10 de abril de 1864, por el que se comprometió a sostener al Imperio hasta que éste formara un ejército dirigido por los generales franceses: el ejército francés

se iría retirando del territorio nacional paulatinamente y sería reemplazado por el mexicano. La retirada final del ejército se efectuaría en 1868.

Por la convención de Londres acordaron las tres naciones intervenir con las armas. Enviaron sus flotas que se presentaron en Veracruz.

Napoleón envió 6 000 soldados de infantería y unos 600 zua- vos al mando del general Laurencez. España e Inglaterra aportaron un contingente menor.

Por la convención de Londres, Inglaterra había limitado la ambición francesa con importantes reservas, como era la de no intervenir en los asuntos políticos de México.

Ya en Veracruz se reúnen los representantes de las tres naciones para fijar las reclamaciones que debían presentar al gobierno mexicano. Por el Tratado de Soledad, Juárez se comprometió a continuar el pago. Como el objeto de las reclamaciones era ése, las escuadras inglesa y española pensaron que su misión había terminado y ya podían regresar a su nación. Vieron estas dos naciones cómo el ejército francés iniciaba su avance al territorio mexicano.

Napoleón había dado instrucciones de avanzar, al brigadier Laurencez que era el encargado de la expedición.

Los delegados de Inglaterra y España recibieron orden de reembarcarse; Francia quedó libre para realizar su empresa.

Los conservadores tratan de unirse al ejército francés que avanza hacia México. En Puebla el ejército es derrotado y rechazado. La noticia de este desastre sembró el pánico no sólo en el ánimo del Emperador, sino de toda Europa al ver que las tropas mexicanas habían derrotado a los llamados "los mejores soldados del mundo". Napoleón trató de recobrar el honor francés y mandó a México al general Forey con 6 000 soldados y amplios poderes político-militares para la empresa.

Después de muchas vacilaciones se decidió el general Forey a avanzar a la ciudad de México. Ordenó a su subalterno Bazaine atacar por sorpresa al general Comonfort que iba a unirse con los sitiados de Puebla. El triunfo de Bazaine le valió la admiración y estima del ejército francés.

Poco después el general Ortega se vio obligado a entrar en negociaciones con Forey para entregar la ciudad. Con esta derrota, Juárez perdió a sus mejores generales y no creyendo poder

defender la ciudad de México se retiró a San Luis Potosí. Bazaine tomó fácilmente la ciudad abandonada por los liberales.

Forey, en cuanto hubo entrado a México se hizo cargo de los asuntos políticos del interior. Había recibido instrucciones secretas de Napoleón para que se adueñara de la situación y para despistar a los mexicanos, organizara un gobierno provisional en el que dejaría aparente libertad de elección.

Napoleón III no obró en México de distinta manera de como lo hizo en los demás países donde intervino; públicamente quería que todo el mundo creyera firmemente que el liberal Napoleón estaba muy distante de imponer en México una soberanía extranjera. Ya él había planeado la situación para que paulatinamente se llegara a la conclusión de su plan imperial.

Forey nombró la Asamblea Constituyente integrada por 35 miembros en su mayoría del partido conservador. La Constituyente nombró una regencia provisional formada por el general Almonte, el arzobispo Labastida que por su ausencia fue suplido por D. J. Ormaechea y por el General Mariano Salas.

Pronto la Constituyente se declara por la forma de gobierno monárquico y aceptó al archiduque Fernando Maximiliano de Austria como Emperador de México.

Los pueblos que estaban bajo la influencia de la invasión francesa, cansados de la anarquía, proclaman el Imperio con la esperanza de encontrar en él la paz que no habían disfrutado con la República.

Los actos de adhesión al Imperio no fueron de todo el país. Napoleón no esperó a la completa pacificación del país y hace que Maximiliano pase a México a tomar posesión del Imperio que le había preparado.

Ya en México Maximiliano dependió por completo de Napoleón y en la organización siguió fielmente la dirección política que se le había trazado.

Las ideas de Napoleón III se reflejaron en las de Maximiliano que aseguraba tener pasión por las ideas liberales que elevaban la inteligencia. El triunfo de esas ideas era uno de sus deseos más queridos y a ellos sacrificaba su bienestar.

A los conservadores, que lo habían traído a México, los despreciaba por sus ideas retrógradas.

Como era de suponerse los franceses ocuparon los básicos

puestos de la Hacienda y el Ejército, y Maximiliano se reservó la organización del Cuerpo Diplomático y del gobierno.

Maximiliano trató de imitar a su mentor y se dedicó a producir una legislación teórica y utópica que revelaba falta de energía y se limitó a publicar decretos, sin darse cuenta que frecuentemente no podían ser ejecutados.

Napoleón, que siempre había buscado justificación a sus actos políticos en los plebiscitos, aconsejó a Maximiliano reuniera un Congreso integrado por individuos escogidos por él entre los miembros del Ayuntamiento de elección popular y que ante ese Congreso prometiera dar la Constitución para cuando la paz se hubiera restablecido. Mientras el Congreso se realizaba, pidiera un voto de confianza para prorrogar el poder dictatorial que había adoptado.

Maximiliano creyó haber ejecutado ya la voluntad de Napoleón en un viaje en que fue aclamado por las poblaciones por donde pasó. Se quedó convencido que esta aclamación había sido un voto implícito en favor del poder dictatorial.

Maximiliano había prometido a la comisión mexicana que le ofreció la corona imperial en Miramar, un gobierno de régimen constitucional de acuerdo con Napoleón, pero éste opinó más tarde que no podía darse a México una Constitución, sin antes haber ejercido una dictadura liberal, la que proclamaría los grandes principios de la civilización moderna, como eran: la igualdad ante la ley, la libertad civil y religiosa, la justicia, etc. Napoleón III ya tenía decidida la política que había de imponer a Maximiliano y éste de ideas liberales llevaría a cabo aunque fuera opuesta a la que había prometido ante la comisión de mexicanos. Al Papa Pío IX y a los obispos mexicanos los aconsejó diciendo que tenía enérgicamente que reparar los daños causados a la Iglesia.

Maximiliano, débil instrumento en las manos de Napoleón III, aprobó las Leyes de Reforma; dio además disposiciones que contrariaron los sentimientos religiosos de la Nación que perdió el entusiasmo demostrado en un principio por el Imperio.

Napoleón III felicitó a Maximiliano por la energía que demostró en el negocio de los bienes del Clero y lo exhortó a sostener la ejecución de lo decretado. Cuando Napoleón vio las consecuencias de este modo de obrar de Maximiliano, le reprochó el no haber orientado su política de acuerdo con el partido conser-

vador, a lo que contestó Maximiliano que esa había sido la consigna de las Tullerías.

Los Estados Unidos, al terminar la guerra civil que dejó triunfantes a los estados del Norte, obligaron a Napoleón a retirar las tropas francesas del suelo mexicano. Cuando Napoleón anunció la retirada, Maximiliano se encontró prácticamente sin elementos militares, ya que se había confiado exclusivamente en el elemento extranjero: francés, austríaco y belga, desdenando a los mexicanos. El brigadier Bazaine había sido designado para organizar el ejército mexicano que velaría por el reciente Imperio. Maximiliano había dejado al elemento francés que se decía tan inteligente y práctico en el obrar para que manejara la hacienda de México, de aquí que éstos pudieran derrochar el Tesoro y contrajeran los dos empréstitos que fueron fatales para el Emperador.

Napoleón III, abandonó a su suerte a Maximiliano en 1866, 2 años antes de lo prometido, ya que por su política se distanció con el partido conservador, que era el único en quien podía confiar. Los generales, a quien él había alejado, viendo la Nación en el más completo desorden, sin aparente rencor vuelven para sellar a lo menos con su sangre un último esfuerzo que hicieron por salvar el Imperio.

Los Estados Unidos ceden a los republicanos para completar la obra fratricida, los elementos que ellos habían utilizado para hacer la guerra a los estados hermanos. La superioridad que alcanzó la República con esta ayuda le dio el triunfo sobre Maximiliano, el cual acompañado de sus fieles generales mexicanos fue fusilado en Querétaro el 19 de junio de 1867.

Todas las responsabilidades de la muerte de Maximiliano, el mundo entero las hizo recaer, con justicia, sobre Napoleón, que para realizar una de sus quimeras lo tomó como instrumento.

VIII. ACTIVIDADES COLONIALES DE NAPOLEON III. ALARMA INGLESA

El Segundo Imperio francés no tuvo un plan premeditado de conquistas e imperialismo; sin embargo mandó soldados que hicieron flotar el pabellón francés en todos los continentes desplegando así abiertamente, una actitud orgullosa y de manifiesta suficiencia.

Napoleón III utilizó todas las ocasiones que se le presentaron para desarrollar una política que mantuviera el prestigio de Francia e intervino en todas partes donde se le llamaba o donde pensaba que era necesario hacer acto de presencia.

ARGEL.—El Emperador recibió a Argelia prácticamente conquistada y pacificada por Luis Felipe. Este país habitado por moros, judíos y árabes que acampaban en las planicies bajo sus grises tiendas, aceptaron sus nuevos amos. Sólo se reservó Napoleón III el trabajo de someter a los cábilas de los moros que habían permanecido rebeldes a la conquista y se habían fortificado en sus aldeas, a los caballeros del desierto y los que cultivaban los Oasis del Sur.

El protectorado francés en el Oriente se remontaba desde el siglo XVI. En 1849, después de un sitio de 50 días, se había logrado tomar el Oasis de Zaatcha y ocupar el de Mozab. Poco después el general Sain-Arnaud hizo una expedición a Petite Kabylie. En esta expedición obtuvo el grado de General de División y le valió más tarde el mando del ejército francés en la guerra de Crimea.

Napoleón continuó la colonización en Argelia con el único objeto de agradar al ejército haciendo que conquistara, por este medio, los laureles del triunfo militar. La República en 1848 trató de sustraer al país de la autoridad militar, pero el Emperador quiso que volviera a ocupar su puesto como clase social privilegiada.

Dio a los 50 000 colonos el derecho de ciudadanos franceses y creó tres departamentos representados en la Asamblea con las prerrogativas de los demás departamentos. Estas colonizaciones y el sostenimiento de obreros sin trabajo ocasionaron enormes gastos al erario del Estado. En estas colonizaciones dio todos los poderes al elemento militar que desde luego pensó en acrecentar las conquistas. En 1852 Pelissier, con sus zuavos, tomó por asalto los fuertes de Laghaut y logró someter Ouargla, Tauggourt y el Oasis de Loud Rhier. Finalmente se abrieron camino alrededor de la gran Cábila y cercaron la montaña, logrando someter varias tribus simultáneamente. La captura de una profetisa llamada Fathima, que excitaba a la rebelión a las Cábilas, facilitó la tarea de someter a las tribus de los contornos.

En estas conquistas Francia procuró respetar las instituciones de los vencidos y se contentó con imponerles una contribución de guerra y construyó en el centro el estratégico fuerte Napoleón que más tarde se llamó Fuerte Nacional.

El año 1857 marcó el fin de la conquista de Argelia y se fomentó la colonización formándose ciudades y se estimuló el cultivo del trigo que entraba a Francia sin derechos aduanales. Se introdujo la plantación de viñas y la población europea colonizadora aumentó notablemente. El régimen francés quedó sólidamente implantado en Argelia. El Emperador se interesó vivamente por esta colonización y quiso establecer el régimen civil. Confió el ministerio de Argelia y su colonización a su primo el príncipe Napoleón. Creó Consejos generales en los tres departamentos. Pronto la administración de Argelia volvió a un régimen militar con Pelissier para restablecer después el régimen civil a principios de 1870 devolviendo el poder a los prefectos. Esta situación de incertidumbre y en ocasiones enojosa se debió a Napoleón III que experimentaba diversas formas de colonización.

Napoleón III fue personalmente a Argelia y trató de dar la autonomía a la raza árabe; quería crear con ella un reino árabe y suprimir su organización colonial; así lo manifestó con las siguientes palabras: "Yo soy también el Emperador de árabes, como el Emperador de los franceses". Pensó asegurar a los árabes la participación colectiva de sus territorios, es decir, que tomaran partido contra los colonos que trataban de extenderse. Pero esto fue uno de sus tantos sueños quiméricos que no se realizaron.

En 1864 se rebelaron en el Sudán los Ouled-Sidi-Cheik que

así como una colonia y devastaron algunas ciudades. Los caballos se unieron a los sublevados y transcurrió un año para terminar con la insurrección.

Napoleón III insistió en sus proyectos de dar la autonomía a los árabes. Alegaba que era una nación que se debía sostener como se sostuvo la italiana. En los últimos años del Imperio, la langosta, el hambre y el cólera devastaron la colonia, la población europea creció a pesar de esos desastres y las vías férreas aumentaron la prosperidad de estas tierras de porvenir.

EL SENEGAL

Las posesiones de Francia, en el Senegal, en 1848 se concretaban a unos puertos de comercio aislados. Los comerciantes compraban la goma arábiga que los nativos buscaban en el interior del país. Pagaban con anticipación a los jefes moros derechos naturalmente arbitrarios.

Estos colonos franceses estaban rodeados de pueblos belicosos, amenazantes caballeros moros, e igualmente de caballeros árabes y otras tribus que obedecían al Sultán Hady-Omar. Los comerciantes solicitaron del Emperador puestos militares para su seguridad y la de sus intereses y pretendieron pagar sólo un derecho fijo en lugar de las aduanas acostumbradas en dicho territorio.

El comandante Faidherbe inspiró confianza al Emperador para dicha empresa. En 1855 fue nombrado gobernador; permaneció en el puesto durante 10 años. Con algunos compañeros de infantería y un grupo de tiradores de los nativos del Senegal auxiliados por una pequeña flota, emprendió la ardua labor de someter un país más grande que Francia y tuvo que defenderse contra muchos asaltos. Atacó a Hady-Omar y a los moros que despreciaban a los soldados blancos tratándolos de viles comerciantes incapaces de sostener la guerra. Por un año tuvo que batirse con estas tribus hasta que logró remontar el Senegal hasta Medina y construyó un fortín equipado con cuatro cañones.

Hady-Omar, con miles de caballeros, atacó el fortín que estaba defendido por un puñado de hombres siendo en su mayor parte indígenas que rechazaron varios asaltos y sostuvieron un sitio de algunos meses hasta que lograron recibir auxilio y pudieron rechazar el ataque del enemigo. Ese fue el último atenta-

do de rebelión y se pudieron organizar las bases de la colonización todo por el esfuerzo de empresas particulares y casi sin ayuda de la metrópoli. Se logró un tratado comercial con el hijo de Hady-Omar y los franceses pensaron establecerse en el alto Níger en Bamako, con lo que delinearon grandes rasgos de colonización francesa en el África occidental. Todo el honor de esta obra recayó en Faidherbe y no en Napoleón que despreciaba la magnitud de la empresa por no haber logrado entenderla.

AVANCES EN ASIA Y OCEANIA

El Emperador, queriendo imitar a Inglaterra, deportó a los condenados para darles oportunidad de regenerarse con una nueva vida. En 1852 suprimió los presidios en los puestos de guerra y envió a los forzados a Cayena y a las islas de la Salud.

Napoleón III, en 1854, tomó posesión en la Nueva Caledonia donde ya estaban establecidos los misioneros y creó un nuevo presidio. Esperaba demasiado de estas colonias de presidiarios y sus esperanzas quedaron frustradas.

Francia quiso aumentar sus colonias y decidió entrar en la Cochinchina para establecer un protectorado en Camadje.

Los misioneros y comerciantes se habían instalado en Indochina sin ninguna garantía. El gobierno francés negoció un tratado comercial con el rey de Siam y los comerciantes de Bangkok recibieron por este medio libertad para extender su comercio y practicar el culto religioso.

El rey de Annam rehusó dar libertad religiosa a los cristianos. Los franceses quisieron, por la fuerza, obligar al rey a pactar con ellos y bombardearon Tourane y amenazaron a Hue, pero las fiebres y el cólera obligaron a la flota francesa a retroceder. En 1859 lograron tomar Saigón junto con el depósito de arroz de Annam.

Francia ya no se preocupa de colonizar por temor a los gastos que se originaban y sólo quería exigir del rey de Annam una indemnización y garantías como las obtenidas del rey de Siam. Toda negociación a este respecto resultó vana y la guarnición de Saigón se vio obligada a sostener un sitio de un año por los anamitas.

Viendo tantas dificultades para sostenerse en esta región, se pensó en confiar la administración de Cochinchina a los indí-

genal bajo la dirección y control de los oficiales de la marina francesa. Los indígenas se comunicaron con los misioneros annamitas por intérpretes annamitas católicos y lograron rebelarse. El gobierno imperial se vio obligado, después de sofocar esas rebeliones, a tomar nuevamente todos los poderes confiados a los nativos.

Finalmente en 1862, obligada Francia por todos esos acontecimientos impuso por medio de Bonrue al rey de Annam un tratado por el que cedió a Francia la Cochinchina. Continuaron su expansión hasta Cambodge en donde imponer al protectorado francés.

Después de varias vacilaciones, Napoleón III decide colonizar Cambodge. Confió la administración a los oficiales de la marina que se mantenían ayudados por los annamitas y de los intérpretes.

La resistencia de la Cochinchina que se extendió al oeste de Saigón en 1867 poniéndose fin a muchas insurrecciones. Desde esta fecha la colonia pasó al Estado que había continuado. Napoleón había pensado evacuarla por motivos económicos. Pero fueron los oficiales de la marina los que casi lo obligaron a retenerla. La iniciativa de los subalternos que aseguró a Francia una posesión nueva y extensa que le proporcionó grandes riquezas.

Las misiones establecidas en China hacen que Napoleón intervenga en este país.

Desde 1844 Francia había logrado un tratado con China en virtud del cual tenía derecho a cinco puertos chinos entre ellos Shanghai. En estos puertos podían establecerse casas de comercio, iglesias, escuelas, hospitales y cementerios.

Francia, de acuerdo con Inglaterra, solicitó de China el derecho de mandar sus representantes a Pekín para asegurar en este momento las insuficientes garantías del Tratado.

En 1855 un misionero francés fue muerto en medio de las más grandes torturas por los chinos y poco después fue capturado un barco inglés. Estos ataques obligaron a los ingleses a bombardear las fuertes chinas que a su vez responden incendiando las fábricas europeas.

Francia e Inglaterra se contentan por la conducta observada en China, decidieron una expedición. La flota anglo-francesa bombardeó Cantón y continuó hasta llegar a Pekín. Entraron

en tratados con el gobierno chino que prometió la protección de la religión cristiana y dejar a sus súbditos en libertad para abrazar dicha religión, se declara el libre comercio y China pagó a sus vencedores una indemnización metálica.

El embajador francés informó a su gobierno sobre el resultado de la expedición en los términos siguientes: "China se abre por fin al cristianismo, fuente real de toda civilización y al comercio e industria de las naciones occidentales".

China violó poco después dicho tratado, atacando una pequeña flota de las naciones aliadas; éstas acordaron castigar ese atentado contra el derecho internacional. Francia mandó un ejército de 8 000 soldados al mando del africano Caousin Montauban que refrendó la expedición. Llegaron a Shanghai y después de un inútil ultimátum a China desembarcaron cerca de Pei-Ho. En este lugar se plantaron los dos pabellones y atacaron uno de los cuatro fuertes de Tahou. Después de un sangriento asalto y un combate cuerpo a cuerpo logró el ejército aliado desalojar al chino poco acostumbrado al manejo del fusil. Los tres fuertes restantes cayeron sin combate. Estaba vengado el daño que habían recibido de China.

Se emprendieron nuevas negociaciones con China que seguramente retardaba todo arreglo con el propósito de obligar a los franceses a retroceder por los rigores del invierno. Los mandarines trataban de obstaculizar el avance a Pekín. Se enviaron los representantes a tratar directamente con el monarca. Los chinos martirizaron y ejecutaron a individuos notables de esa expedición y los que lograron escapar dieron la voz de alarma en el ejército aliado. Estas hostilidades, de parte de China, decidieron al ejército expedicionario a continuar la avanzada. Lograron tomar las posesiones chinas; al presentarse uno de los mandarines para pactar no decide nada sobre la entrega de los prisioneros asegurando que estaban muy bien atendidos. Para afirmar más lo que decía presentó un billete escrito por el intérprete inglés en que decía estar muy bien atendido, agregando junto a su firma: "todo esto se me ha dictado".

Los aliados sitian a Pekín y destruyen el palacio de verano del Emperador llevándose los tesoros que encontraron. Después de un rudo combate toman a Pekín asesinando a muchos chinos en represalia de lo que ellos habían hecho con los franceses e ingleses; no satisfechos con el derramamiento de sangre incendia-

ron el palacio del Estado y exigieron del gobierno de China la ratificación del tratado de 1858. Quedó establecida la entrada libre de embajadores franceses e ingleses en Pekin. China quedó obligada a la apertura de nuevos puertos al comercio extranjero con amplias garantías para comerciantes y misioneros, además de la indemnización por motivos de guerra.

Los ejércitos expedicionarios, después de estos arreglos, regresaron a sus respectivos países coronados con el laurel de la victoria. El general Cousin Montauban fue nombrado Senador y Napoleón III le otorgó el título de Conde de Palikao.

Napoleón III intervino también en Siria, en donde dos razas se hacían sangrienta persecución bajo la dominación turca. De diferente religión los maronitas y los drusos, siendo los primeros católicos y los segundos musulmanes que estaban en buena armonía con sus amos los turcos, principalmente con el pachá Beyrouth.

Los maronitas eran tradicionalmente protegidos de Francia desde el siglo XVI que habían establecido en el país conventos, colegios, escuelas y hospitales para beneficiar a los maronitas.

Los drusos buscaron el apoyo y protección de la única nación capaz de contrarrestar entonces el poderío francés, Inglaterra. Drusos y maronitas se mataban entre sí a pesar del tratado que Francia había negociado con el Sultán en 1856. Las riñas entre los dos pueblos se multiplicaban y el cónsul francés acusaba de todo esto al mal gobierno turco y al cónsul inglés.

Por su parte el cónsul inglés aseguraba que un comité cristiano alentaba a los maronitas a independizarse.

Los drusos atacaron a los maronitas auxiliados por los turcos y asesinaron, saquearon y cometieron los mayores atropellos en las villas de las maronitas; estas escenas fueron trágicas en la antigua Sidón. Damasco, la rica y opulenta ciudad, fue incendiada debido a la contemporización del gobernador turco que no entraba en acción contra los agresores.

La noticia de tal atropello impresionó grandemente a París y los franceses urgieron a Napoleón III para que interviniera en favor de los maronitas y se pusiese coto a tanto desorden. El Emperador decidió actuar creyendo que su conducta haría olvidar a los católicos la participación que había tomado en la pérdida de la autoridad temporal del Papa.

Francia pensó mandar a Siria una comisión investigadora

con unos buques de guerra. La noticia de tal proyecto alarmó grandemente a Inglaterra que se veía eclipsada por la influencia francesa en Siria. Inglaterra temía el que Napoleón enviara sus tropas a Siria por temor a que permaneciera en ella como lo había hecho con Roma y quisiera más tarde anexarla a Francia como lo hizo con Niza y Saboya. Los ingleses vieron amenazado el camino de las Indias.

Napoleón III hizo todo lo posible por inspirar confianza en Londres y publicó que la expedición no tenía otro objeto que el de ayudar al Sultán a restablecer la paz pública. El pensó que de este modo seguiría siendo el mandatario de la potencias europeas y aseguró que la ocupación de Siria no pasaría de seis meses.

En 1860 salió de Francia la escuadra francesa con 60.000 hombres a las órdenes del general Beaufort d'Hautpoul.

Las tropas francesas encontraron una situación nueva en Siria debido a que el gobierno de Constantinopla había quitado todo motivo que ocasionara la intervención de la expedición, penosa para el orgullo turco. El sultán afectó castigar a los culpables y envió a Fuad-Pacha con amplios poderes. En Damasco hizo fusilar y aprehender algunas decenas de turcos y envió 5.000 al auxilio; el gobernador fue juzgado y ejecutado. Los franceses penetraron hasta el Líbano y su presencia fue aprovechada por los maronitas para tomar venganza de pasados agravios con los drusos. Esta conducta fue muy mal vista por Inglaterra que presentó serias protestas.

Los seis meses habían transcurrido y Napoleón III no daba señales de retirar sus tropas de Siria por lo que Inglaterra exigió el reembarco de dichas tropas. Todavía no estaba completamente pacificada Siria pero Inglaterra insiste, temerosa de las conquistas francesas en Egipto.

Napoleón III no quiso contrariar a Inglaterra y arregló el pronto regreso de sus tropas.

La expedición logró la organización del Líbano y se confió este país a un jefe único nombrado por el Sultán, independiente del pachá de Damasco.

También se puso fin a los asesinatos.

Napoleón hubiera deseado establecer un protectorado en Siria pero temió ofender para siempre a su amiga Inglaterra. Demostraba así su temor ante la poderosa y sólo desplegaba su orgullo jactancioso cuando pensaba que nadie se le opondría.

IX.—OPOSICION EUROPEA A LA POLITICA DE NAPOLEON III.—AUSTRIA Y PRUSIA.

Napoleón III, desde que logró ponerse al frente del gobierno francés por el golpe de Estado que lo proclamó Emperador, se interesó en llevar una política que asegurara a Francia la paz interior y exterior.

La situación francesa creada por la Santa Alianza que continuamente la vigila y critica sus ideas liberales revolucionarias que reflejan en toda Europa, no le permitían tomar la iniciativa en ninguna empresa importante.

El Emperador se dedicó a fomentar el engrandecimiento comercial e industrial de su país y favoreció notablemente la agricultura.

Cuando se presentó en Europa el conflicto de Oriente provocado por una de las naciones que integraban la Santa Alianza y que había sido la que quizá criticó más las ideas revolucionarias francesas, Napoleón vio con gusto el que la paz de Europa no iba a ser quebrantada por Francia de quien se sospechaba, sino por Rusia que siempre aconsejaba la prudencia como manera necesaria para conservar la paz.

Napoleón III vio en esto la ocasión de imponer a Francia como dirigente de la política europea y decidió acercarse a la poderosa Inglaterra que había sido enemiga casi irreconciliable de Francia. Tomó parte activa en la cuestión de Oriente por salvaguardar el honor de su nación.

La participación en una guerra lo amedrentaba a pesar de sus supuestos conocimientos militares y trató por todos los medios posibles de evitar la guerra con Rusia. Cuando la situación llegó a tal punto que fue inútil todo intento de paz, el Emperador decidió tomar las armas soñando que su pericia en asuntos políticos arreglaría fácilmente toda dificultad con sólo modificar a

Europa y repartirla de modo que todos quedaran satisfechos y él se conformaría con el honor de haber contribuido al bienestar europeo.

La participación de este asunto le dio gran prestigio a Francia y logró colocarse a la cabeza de la política europea, ya que en el congreso de París tuvo la presidencia.

Las naciones aliadas querían continuar la guerra, pero Napoleón III siempre se inclinó para lograr la paz, la independencia de los ducados del Danubio y la liberación polaca. Austria, Turquía e Inglaterra protestaron ante tales proposiciones. El Emperador a pesar de la oposición de estas naciones ayudó más tarde a los ducados de Moldavia y Valaquia a constituirse en un país libre.

Después del tratado de París, Francia a despecho de Inglaterra tuvo un evidente acercamiento con Rusia, tanto que hizo temer a las naciones europeas una alianza franco-rusa que de realizarse habría sido de fatales consecuencias para Europa.

Austria se limitó a servir de intermediaria entre las naciones contendientes para que llegaran a un acuerdo y se pusiera fin a la guerra de Crimea que costó tanta sangre. Se abstuvo de tomar parte activa al ver que el Piemonte participaba en la alianza con Francia e Inglaterra, porque vio en ello una amenaza en sus dominios de Italia.

No se equivocó. El Emperador de Francia simpatizaba con los movimientos nacionales italianos que pretendían arrojar del territorio patrio al gobierno extranjero. Napoleón III odiaba el poderío austriaco y a toda costa quería abatirlo, por lo que se decidió a pactar contra él la alianza franco-sarda.

Austria, aunque estaba preparada para un ataque, tuvo que abandonar lo de Lombardía.

Napoleón III sabía la oposición de sus ministros y de los católicos en su intervención de Italia y dudaba de la neutralidad de Rusia y de Prusia. El quería apoyar a Italia, pero no aceptaba comprometerse si el motivo de la guerra fuera puramente revolucionario. El quería un motivo que lo pudiera justificar ante la oposición pública, por eso rechazó lo que Cavour pedía, la evacuación de la Romagna por las tropas austriacas, ya que él autorizaba la guarnición francesa en Roma. No quería indisponerse con Rusia si apoyaba un ataque al rey de Nápoles, pero como siempre obró con doble fin político, públicamente no quiso pasar

como perturbador de la paz ni amante de ganancias. En lo privado era distinto, actuaba sin escrúpulos y lo que negaba públicamente, lo aprobaba en lo privado dando autorización a Cavour para que suscitara y fomentara los levantamientos locales de los distintos reinos de Italia haciendo que estos grupos descontentos solicitaran su anexión al reino de Piamonte-Cerdeña. El Rey, por este hecho, quedaba autorizado para exigir de los correspondientes príncipes las reformas que sus súbditos pedían y como era de suponer las protestas, así el Rey del Piamonte podría ocupar militarmente dichos territorios.

Napoleón sabía que al estallar una guerra por motivos nacionales su intervención sería muy bien recibida por Francia y por la mayor parte de las naciones europeas. Para estar seguro de que Prusia no se uniría con Austria, en caso de una guerra en Italia, trató de convencerla del importante papel a que estaba destinada para lograr la unidad alemana y quiso atraerla a una alianza con Francia y el Piamonte. Prusia rechazó tales ofrecimientos y no prometió su neutralidad como esperaba el Emperador francés.

Por el triunfo de Napoleón III en la expedición de Italia, Austria perdió Lombardía y su prestigio militar quedó debilitado, lo que robusteció los deseos de los estados alemanes de confederarse bajo la autoridad de Prusia.

Dos naciones de las que se habían reunido con el nombre de Sta. Alianza para vigilar por el equilibrio europeo y que simultáneamente habían dirigido esta alianza en su provecho, quedaron suplantadas por Napoleón que dejó burlada a Rusia en su pretensión de adquirir el protectorado sobre los reinos cristianos del Sultán y a Austria quitándole la Lombardía que él entregó al Piamonte a cambio de Niza y Saboya.

La política observada en el Oriente fue con doble objeto según él mismo lo reveló a Clarendon, ministro inglés. Quiso lograr de Austria y Rusia la libertad de Polonia y completar su obra desintegradora quitando a Austria sus dominios en Italia.

Napoleón, como buen Bonaparte, no olvidaba a su parentela y tuvo la idea de formar en Italia un reino para su primo el príncipe Napoleón, hijo de Jerónimo Bonaparte.

Francia se consideraba como la primera potencia de Europa y no quiso ceder el paso ni aun a la vieja Inglaterra, su aliada, ni menos a Rusia y Austria vencidas, una en Sebastopol y la otra en Solferino.

Desde 1861 ocupaba el trono de Prusia Guillermo I y la rivalidad de esta nación con Austria iba en aumento. Las dos naciones se disputaban el predominio en la Confederación de los estados germánicos. Prusia organizó en unos pocos años un poderoso ejército admirablemente equipado y disciplinado, dirigido técnicamente por el competente y hábil estratega general Molke. Con el Zollverein o Unión Aduanera, Prusia logró unificar a los estados alemanes que tenían íntima relación con ella por la extensa red de vías de comunicación que los unía entre sí.

Desde 1862 Guillermo I había nombrado ministro de Estado a Otto Bismark, hombre astuto y gran estadista que no manifestaba fácilmente sus intenciones. Bismark tenía muchas semejanzas con Napoleón III en su fantasía, pero poseía gran disciplina y una notable facilidad para combinar soluciones y resolver problemas políticos internos y externos. Tenía un profundo sentido del deber unido a un amor en grado sumo por el Estado a cuyo servicio se dedicó enteramente. La fama y la grandeza de Prusia y más tarde el Imperio Alemán, fueron el móvil de todos sus actos políticos. Bismark había recibido una esmerada educación que lo capacitaba para desempeñar su importante papel. Era consciente de sus dotes superiores, pero se dejó arrastrar de un orgullo mal entendido que lo llevó a despreciar a sus colaboradores y enemigos rebajándolos e ignorándolos con frecuencia.

Desde su participación a la Dieta Federal, en 1851, como enviado prusiano, comprendió la necesidad de algunas reformas en Alemania y concibió cierto rencor al gobierno austriaco que obstaculizaba esas reformas esenciales. Bismark se afianzaba cada día más en la idea de una gran guerra en toda Alemania para hacerla brotar y ocupar un puesto preeminente en la política europea. Cuando logró la cristalización de sus ideales con la derrota de Francia, en 1870, el príncipe heredero Federico Guillermo escribió en su diario: "Bismark nos ha hecho grandes y poderosos, pero nos ha arrebatado a nuestros amigos, las simpatías del mundo y... nuestra buena conciencia".

"Sigo hoy todavía aferrado a la opinión de que Alemania sin sangre ni hierro, y sólo con su buen derecho, pudo hacer conquistas morales y convertirse en una, libre y poderosa. El audaz y violento Hidalgo lo ha creído de otro modo".

En un principio Bismark trató de la unión pacífica con Austria y retardó el choque militar entre Prusia y Austria que hubiese podido estallar en 1863.

Bismark entró en escena, desde 1863, por la cuestión polaca. Los polacos, alentados por los triunfos que los nacionalistas italianos habían logrado ayudados por Napoleón III, se sintieron estimulados para sacudir el yugo ruso. Utilizaron la libertad que dejaba la autoridad rusa para organizarse y lograron formar una Asociación política con el nombre de Asociación Agrícola. A pesar de que Alejandro II puso de gobernador en Polonia a su hermano Constantino, hombre de ideas liberales, los polacos demostraban constantemente su descontento. En 1863 reclutaron a los jóvenes polacos para alistarlos en el ejército del Zar. Este fue el momento que aprovecharon para rebelarse contra Rusia confiando que Francia iría en su ayuda. El General Mieroslawski asumió el mando de los patriotas polacos. Tuvo que cederlo más tarde a Langewscz. Los jefes polacos pronto fueron obligados a huir salvando las fronteras. No por esto cesó el movimiento por que las guerrillas continuaron su acción en toda la Polonia rusa. Los sublevados lograron establecer un tribunal secreto que ejecutaba sus sentencias. Los sublevados de Varsovia fueron asesinados o proscriptos por los rusos.

Lituania, Polonia y Podolia también tomaron parte en estos movimientos. El gobernador Constantino tuvo que ceder su puesto al enérgico conde de Berg, hombre sanguinario y tenaz. En Lituania el conde Muraawiew ahogó todo movimiento nacionalista en sangre.

La opinión francesa estaba a favor de Polonia y de esto se aprovechaba la interesada; hubo manifestaciones en favor de los descontentos de Varsovia, se hicieron peticiones al Senado y al mismo Emperador para que actuara en favor de los polacos. Las promesas de Napoleón fueron sólo platónicas y únicamente se concretó a unirse con Inglaterra y Austria para pedir a Rusia la reforma legislativa en Polonia. Las naciones europeas pidieron a Rusia para los polacos: un armisticio, la representación nacional, una administración polaca, libertad de conciencia, la lengua polaca como oficial y un reclutamiento moderado.

Bismark no vaciló en oponerse a las ideas de la mayor parte de Europa por la libertad de Polonia y se puso de parte de Rusia. Firmó con ella una convención ruso-prusiana para ayudarse mutuamente y el derecho de pasar las fronteras para ahogar todo movimiento de rebelión. Trató Prusia de captarse la simpatía de Rusia y evitar una alianza entre ésta y Francia. Bismark no quería tener

por aliada a Rusia; le basaba su benevolencia en caso de una guerra con Francia.

Apoyada Rusia con la amistad prusiana, contestó a la petición de las naciones diciendo que Europa misma alentaba a los rebeldes y los apoyaba en su rebelión. Toda Europa quedó impresionada de esta resolución precipitada de Rusia y se temió que Francia atacara a Prusia.

Esta intervención de Bismark costó a Prusia el rescindimiento de Francia, Inglaterra y de una manera mas acentuada, de Austria. Napoleón había fracasado en su intento de ayudar a Polonia y quedó asombrado ante la audacia de Prusia que se atrevía a oponerse a su polí. Por entonces se creyó que el Emperador invadiría por este motivo los territorios del Rin.

En 1863 Napoleón III dió esperanzas a Cristián IX de Dinamarca de poder unir a la corona dinamarquesa los estados de Schleswig-Holstein, que eran propiedad privada del rey. Estos estados estaban poblados por alemanes que formaban parte de Zollverein y desean unirse a la Confederación alemana. Cuando se trató de enfrentarse contra los prusianos y austríacos que invadieron estos territorios. Napoleón no cooperó con los dinamarqueses y permitió que se apoderaran de dichos estados Prusia y Austria.

Por esta época Napoleón III quería convocar a un Congreso en París por el que esperaba ampliar las fronteras francesas arreglar las dificultades de Schleswig-Holstein, Italia y la reforma de la Confederación Alemana.

Un nuevo fracaso esperaba al Emperador, Inglaterra rechazó la idea quimérica del sonador de las Tullerías. Rusia apoyó la idea y se mandaron invitaciones a las cortes de Viena, Florencia, Berlín y a la confederación alemana. Italia y Prusia aceptaron la invitación; y Austria sólo con la condición de que en dicho Congreso se excluyera todo aumento territorial para cualquiera de los países asistentes al Congreso.

Con el fracaso del proyectado Congreso, el Imperio quedó convencido de su impotencia ante los ojos de Europa y en la opinión francesa.

En 1866 Prusia quiere a toda costa quedarse con los ducados que ambas arrebataron a Dinamarca. Acusa de mala administración a su rival y arroja de dicho territorio a los funcionarios austríacos.

Austria estaba dispuesta a romper la paz con Prusia y el

pueblo de Italia esta guerra. Se creía que el ejército austríaco estaba en mejores condiciones que el francés y se contaba con las simpatías de Francia.

Bismark había logrado la neutralidad de Rusia y con aprobación de Napoleón III contrajo un tratado comercial y alianza ofensiva y defensiva con Italia.

Al estallar las dificultades entre Austria y Prusia, Víctor Manuel envió su ejército al mando del general Lamarmora, que fue derrotado en Custoza por los austríacos. Las pérdidas que los prusianos sufrieron, obligaron a los austríacos a salir de Italia para concentrarse en el Danubio y resistir los ataques del ejército enemigo. Prusia logró finalmente vencer a Austria en Sadowa.

Viéndose Austria en una situación militar desesperada pidió a Napoleón su mediación para que lograra un armisticio a cambio de Venecia. El Emperador de Francia, orgulloso de poder desempeñar en esta contienda el honroso papel de árbitro, publicó la cesión que Austria hacía de Venecia y se dirigió al rey de Prusia expresándole su asombro por sus rápidos triunfos. Lo amenazó si continuaba la campaña, con abandonar su inicial neutralidad e invadir los territorios alemanes.

Bismark tuvo un gran disgusto con esta intervención de Napoleón y reservó su venganza para mejor ocasión. Aconsejó al Rey Guillermo negociara la paz.

Napoleón hubiera podido disminuir las pretensiones de Bismark, si él pensaba sacar provecho de este reparto dejando a Francia el Luxemburgo quiso complacerlo. Bismark no permitió que el Emperador sacara partido en ese reparto.

Por el tratado de Praga se reconoció la disolución de la Confederación Germánica, la pérdida de los ducados de Schleswig-Holstein por parte de Austria. Napoleón dejó escapar la oportunidad que tuvo de hacer que en esta ocasión Prusia volviera a sus antiguas fronteras como acertadamente se lo aconsejó la Emperatriz, pero la falta de resolución tan característica en él, no le permitió obrar y detener el avance de la potencia que ya estaba decidida a arrebatarle la hegemonía que había conservado por algunos años.

La eliminación de Austria de la Confederación alemana dejó una brecha para una evolución de progreso económico y político en Alemania y Bismark en el transcurso de cuatro años logró el aniquilamiento de Francia y la Unidad Alemana.

LA GUERRA DE 1870. LAS CONSECUENCIAS ADVENIDAS DEL FIN DE LA TERCERA REPUBLICA.

Austria y Prusia no pudieron llegar a un acuerdo acerca de los ducados de Schleswig-Holstein arrebatados a Dinamarca. Prusia preparó hábilmente los acontecimientos y por la alianza ofensiva y defensiva que contrajo con Italia, hizo que Austria se enfrentara con dos irreconciliables rivales. Austria quedó vencida en Sadowa y fue obligada por la paz de Praga a renunciar al dominio de Venecia y fue anexada al reino de Piemonte-Cerdeña, a los ducados de Schleswig-Holstein y pasó a ser la confederación germanica participando en los asuntos políticos de Alemania. Desde entonces quedó establecida la Confederación de la Alemania del Norte bajo la presidencia de Prusia. Los estados del Sur: Baviera, Wurtemberg, Palatin y Hesse, pactaron con Prusia una alianza ofensiva y defensiva y los Estados de Hannover, Nassau y la ciudad de Frankfurt, que fueron incorporadas al territorio prusiano.

Francia se quedó eclipsada en su influencia política sobre Europa por los grandes progresos de Prusia. Los fracasos de Napoleón en su intento de libertar Polonia, así como la formación de un Imperio en México, pusieron de manifiesto la decadencia de su actuación política. Napoleón había perdido totalmente su prestigio con el ensancharse y no de las fronteras de su Imperio al anexar el Luxemburgo y al no lograrlo, sino al aumentar el número de sus desastrosos. Los partidarios de su política vieron como única solución para devolver la gloria al decaído Imperio, la gloria de las armas.

La ocasión se presentó a la corte imperial para el príncipe Leopoldo de Hohenzollern el tratado de España.

Durante el gobierno de la reina Isabel II España no fue go-

bernada directamente por ella, sino por intermedios se sucedieron con mucha frecuencia. El ministro O'Donnell estuvo frente a los negocios públicos desde 1854 a 1866 con algunas interrupciones; dirigió energicamente la política extranjera recobrando transitoriamente Sr. Domingo y tomó parte en la expedición a México. Realizó una benéfica labor interior y logró que España participara en la evolución económica y en las ideas liberales que invadieron a toda Europa.

Desde 1864 se acentuó el descontento por el sistema gubernamental que fue apoyado por el General Prim.

La reina Isabel II fue arrojada del trono español por la revolución de 1868 y se proclamó un gobierno provisional dirigido por el general Prim. En este gobierno se entró con dos grupos; el primero con tendencia republicana y el segundo partidario de la monarquía. Se dispusieron las elecciones para las Cortes Constituyentes en donde triunfó el segundo grupo. El año siguiente se sancionó la Constitución monárquica y se pensó en la elección del

Varios candidatos fueron desechados como el hijo de la Reina — que más tarde gobernó con el nombre de Alfonso XII — el Regente de Portugal, su hijo y otros.

Uno de los candidatos que tenía ciertas probabilidades de triunfar, era el príncipe Leopoldo de Hohenzollern, hermano del príncipe de Rumania, e aparcado con el Rey de Prusia y con los monarcas de Portugal.

Otto Bismarck, ministro prusiano, acogió la propuesta con gusto y la apoyó. Bismarck conocía la sensibilidad francesa y estaba seguro de la protesta que se levantaría en esta nación con la noticia de la ocupación del trono español por un miembro de la familia de Prusia.

Hacia tiempo que el ministro prusiano esperaba una ocasión para romper con la política liberal francesa y lograr la unidad alemana meta de sus aspiraciones.

Bismarck desconfiaba del gobierno del general Prim, por no veía la posibilidad de que el ejército español reemplazara al francés en Roma, con lo que se permitiría mayor libertad de acción a Napoleón en caso de una guerra con Prusia. Decidió Bismarck colocar en el trono español a un príncipe que él sabría manejar a su antojo y sagazmente planeó la candidatura y la preparó con la certeza de provocar una deseada guerra entre Prusia y Francia. Dijo toda su actividad e influencia para decidir al vacilante rey Guillermo I a dar su aprobación a dicha candidatura.

Cuando se recibió en Francia tal noticia, se levantó una protesta general y acalorada porque se vio amenazada la paz europea y lo que era más, relegado a segundo término el prestigio francés. En el Ministerio de Guerra y Marina se advirtió notable movimiento de excitación.

Por un momento se sintió turbado Bismarck al ver que a pesar del enorme descontento francés Napoleón no se inclinaba a la guerra y en cambio había iniciado una serie de demarcas con algunos príncipes europeos como el rey de Bélgica, para que amistosamente conveniera a Guillermo I; se aconsejara al príncipe Leopoldo que desistiera de sus proyectos.

El embajador francés Benedetti recibió la orden de marchar a Ems donde se encontraba en vía de descanso el Rey de Prusia para tratar definitivamente la revocación de la candidatura. Cuando se trató el asunto al Rey, éste contestó enfáticamente que no podía retirar su consentimiento, pues ya lo había otorgado. No obstante para evitar mayores dificultades con Francia, Guillermo I aconsejó al príncipe Leopoldo que retirara su candidatura. Se pensó que ya Francia quedaría satisfecha, pero los partidarios de la guerra no quisieron dejar escapar la oportunidad y con tenacidad insistieron en que el Rey no reiterara su consentimiento para apoyar al príncipe de Hohenzollern como futuro rey de España.

La insistencia llevó la dignidad del rey de Prusia que comprendió el móvil de tales peticiones, se negó a conceder a Benedetti la audiencia que solicitaba.

Todo lo acontecido entre el Rey y el ministro francés, fue puesto en conocimiento de Bismarck por un telegrama de Guillermo I.

Bismarck, resentido al ver sus esperanzas de guerra frustradas y considerando triunfante a Francia, quiso al menos humillarla publicando el contenido del telegrama y poniendo de manifiesto el desaire que el rey de Prusia le había merecido al no recibir al embajador.

Cuando se conoció en Francia la publicación de Bismarck, ya no hubo manera de contener a nadie, por todo el país se empezaron a publicar con gran actividad los preparativos para la guerra. Los periódicos de ésta fomentaban el descontento popular cuando que Francia había sido ultrajada y estaba amenazada en sus más caros intereses.

El cuerpo Legislativo al notar que el Emperador se inclinaba por la guerra se dividió en dos grupos: uno que aceptaba la política de Napoleón y el otro que a ellos se oponía. Entre los del segundo grupo están Thiers y Gambetta que alegaron con razón que Francia no estaba en condiciones de una nueva guerra que las que ya se habían realizado con propósitos financieros su mayoría sólo habían originado el gasto de enormes sumas y con que quebraban las fuerzas militares. Ellos trataron a todo trance de evitarla, pero la enorme mayoría los hizo fracasar en su intento.

Napoleón III, aconsejado por su ministro Emilio Olivier y por la Emperatriz, declaró la guerra a Prusia. Se hizo el llamado a las reservas y el Consejo de la Corona decidió se anunciara al Senado y al Cuerpo Legislativo la resolución de la guerra. La guerra fue declarada a Prusia el día 15 de julio de 1870.

Francia se vio desde ese momento sin aliados y ninguna de las naciones europeas manifestó simpatías por su causa. Las notas que habían intercambiado entre Prusia y Francia acerca del príncipe de Hohenzollern no habían preocupado a Europa. Italia, al tener noticia de la declaración de guerra por el ministro Olivier, con gran alegría se declaró unánimemente de parte de Prusia.

En Berlín todo estaba preparado para la guerra, sólo se esperaba la aprobación del Rey asistente que no quería aceptar la gran responsabilidad de conducir a su pueblo a la acción. A su regreso, Guillermo I se dio cuenta de la excitación reinante en Berlín y las demostraciones del pueblo lo hicieron dar su consentimiento.

Prusia y los Estados alemanes respondieron a la declaración de guerra con el envío de un ejército de 600 000 soldados divididos en tres cuerpos, bajo la competente dirección del general Moltke que invadió desde luego el territorio francés.

Napoleón, optimista como era, creyó en un principio que la guerra se concretaría a una breve y rápida campaña en que obligaría a Prusia a firmar la paz favorable para Francia. Estaba acostumbrado a no llevar nunca hasta el final ninguna de las empresas en que tomó parte como sucesor en la Cuestión de Oriente, Italia y en México.

La preparación que inmediatamente se tomó en Francia no continuó y el nuevo jefe del Estado Mayor Lebeuf, modificó el bien trazado plan de movilización del mariscal Mil. Se había acordado que el ejército francés estaría dividido en tres partes: una en Al-

sacia, otra en Lorena y la restante quedaría de reserva. Al frente de esos ejércitos se colocarían Canrobert, Mac-Mahon y Bazaine.

Con la modificación hubo de formarse un solo ejército al mando del mismo Emperador y del príncipe imperial, el cual no tenía ninguna preparación para una guerra defensiva y de enfrentarse con un ejército si no superior en valor, sí en disciplina.

Al hacer Francia la declaración de guerra a Prusia, se encontró sólo con dos cuerpos de ejército en Alsacia y cinco en el Mosela. El mismo día de la declaración uno de los cuerpos del Mosela recibió orden de avanzar a la frontera alemana no lejos de Saint-Avold y Forbach, pero con instrucciones de no empeñar ningún ataque serio.

La imprevisión que se notaba siempre en las decisiones del Emperador, se hicieron palpables en esta ocasión al hacer que los regimientos abandonaran sus cuarteles sin haber completado sus contingentes y sin el equipo suficiente. Las estaciones de las vías férreas se vieron pronto llenas de tropas que entorpecieron y dificultaron el transporte de ellas. Los oficiales de Estado Mayor, recibieron tropas de Alemania a la que se pensaba invadir, y en cambio se descuidó proveerlos de cartas de los territorios franceses. El ministro de guerra no pudo contestar a las reclamaciones y protestas y prefirió que los sucesos continuaran su curso.

El Papa Pío IX, ante la guerra que amenazaba a Europa, procuró por todos los medios a su alcance evitarla y con gran solitud escribió a todos los monarcas concenientes. El rey Guillermo I, a pesar de ser protestante, agradeció el llamado del Santo Padre y contestó cortésmente, que si con sus relaciones influyentes lograra su Santidad llegar a un acuerdo, no sería él quien tratará de turbar la paz. El Emperador, por su parte, contando anticipadamente con el triunfo, no se dignó contestar a las negociaciones de paz a que lo invitaba el Santo Padre.

Napoleón confió en las antiguas disensiones de las entidades alemanas y esperaba evitar la alianza de Prusia con los alemanes del Sur por una rápida victoria que los redujera a la inacción y de este modo atraerlos a su causa. Estableció la regencia en la Emperatriz para continuar a dirigir la guerra como ya lo había soñado desde la guerra de Crimea. Confía a obtener tales victorias sobre Prusia que el mundo entero lo admiraría por su impenetrable acción estratégica.

El Emperador llegó a Metz para tomar la dirección del ejército al que encontró en el más deplorable desorden. Los regimientos no estaban completos y ni siquiera se hallaban con exactitud, donde estaban acampadas divisiones enteras. El Emperador ordenó el avance de las tropas y los generales procuraron por las condiciones en que se encontraban las mismas. El ejército francés muy pronto comprendió que en vez de atacar al enemigo en su país, se iban a ver obligados a defender el suyo propio.

El comienzo de las hostilidades sorprendió a los alemanes por los que ellos tomó desprevenido, porque ya se había previsto la posibilidad de esta guerra y bien pronto pudo el ejército prusiano estar preparado y dispuesto en tres ejércitos.

El primero, a las órdenes de Steinmetz que debe ocupar el Norte de Trier; el segundo, bajo las órdenes de Federico Carlos y el tercero al mando del príncipe heredero que se estableció a ambos lados del Rin. Prusia decidió para proteger los estados alemanes del Sur, hacer una excursión que sería apoyada por el grueso del ejército por Alsacia desde el Rin central. Las fuerzas que movilizó, divididas en tres ejércitos independientes habían sido minuciosamente organizadas por el General del Estado Mayor.

Los prusianos derrotaron sucesivamente a Abel Douay, Mac-Mahon y a Frossard en Wissemburgo. El brigadier Bazaine, a su vez, fue batido y obligado a encerrarse en Metz donde fue sitiado.

Después de la insignificante acción cerca de Saarbrücken, en la que el teniente coronel Pestel pudo rechazar con éxito franceses los ligeros ataques con un batallón y tres escuadrones de caballería, el Emperador se vio obligado a replegarse hacia Alsacia y Lorena, sucediéndose entonces rápidamente acciones y derrotas.

París hacía tiempo esperaba noticias de victoria y era preciso hacer algo positivo para mitigar la impaciencia pública. Por la acción de Saarbrücken se logró calmar la impaciencia del pueblo francés, pero bien pronto la noticia de los recientes fracasos que diseminó las tropas francesas entre el Nied y el Alto Rin, permitiendo a los alemanes avanzar en masas compactas, provocó tal descontento que se temió una revolución en París. La Emperatriz declaró la ciudad en estado de sitio y convocó al Cuerpo Legislativo que votó la destitución del ministro Olivier. Se formó un gabinete con el Conde de Palikao que se había mostrado tan enérgico en sofocar las rebeliones de Africa. El nuevo Ministro formó tropas y creó la guardia nacional.

Napoleón, que se había reservado el mando supremo, se vio obligado por las circunstancias a otorgarlo al mariscal Bazaine. Quiso regresar a París para dirigir desde allí las operaciones de guerra. La Emperatriz se opuso y el Emperador se vio obligado a permanecer al lado del grueso del ejército en donde sólo obstaculizó las determinaciones tomadas, con sus órdenes y contraórdenes pueriles e irreflexivas.

Era indispensable acudir con refuerzos a Verdún seriamente amenazada, pero el mariscal Bazaine no lo juzgó oportuno pues se temía ser atacado por los alemanes en alguno de sus flancos. Previó reunir sus fuerzas junto a Metz, en una posición que se juzgó casi inexpugnable.

En Gravelotte se desarrolló una reñida batalla en la que unas veces la victoria se inclinaba hacia el lado francés y otras al prusiano. Cuando Bazaine recibió la noticia de que los alemanes prolongaban cada vez más su línea con intenciones de cercar el ala derecha del ejército francés, ordenó el avance de la división de granaderos de Picard al campo de acción. Canrobert que hacía sus esfuerzos para contener el avance de los prusianos, se vio obligado a concentrar sus tropas más cerca de la población fortificada. A pesar de todo el esfuerzo del ejército francés, se vio desalojado de Gravelotte por el alemán, perdiendo una posición muy ventajosa.

Después de la serie de encuentros de Gravelotte, el Emperador se retiró al campamento de Chalons en donde presenció la indisciplina de los nuevos contingentes. Se acordó que el General Mac-Mahon retrocediera a París, pero la Emperatriz protestó y exigió que a toda costa se cortara el bloqueo en que se encontraba Metz.

Las marchas llevaban al ejército francés sin rumbo fijo, las órdenes y contraórdenes aniquilaron el espíritu de la tropa. Mac-Mahon no trató seriamente de unirse a Bazaine y por su poca pericia se vio empujado por los alemanes a la frontera belga separándose de Metz y París. Los alemanes pensaron sitiar a París y poco a poco, con método y movimientos perfectos, lograron alejar al general Mac-Mahon que se detuvo en la pequeña fortificación de Sedan.

El Emperador estableció en Monzón el cuartel general de un ejército apenas formado; mandó a su hijo a Bélgica y él marchó a Sedán a reunirse con Mac-Mahon. Poco después de la lle-

gada del Emperador, se empezó una sangrienta batalla con los alemanes que rodearon por todas partes al ejército francés. Allí se sintió la falta de un jefe que dirigiera la acción con energía. Mac-Mahon fue herido. Se nombró en su lugar a Ducrot que fue suplantado poco después por el general Wimpffen que acababa de llegar de París con amplios poderes. Durante el combate de Sedán, los mejores regimientos de la caballería francesa se consumieron en inútiles ataques. Pronto el desaliento se apoderó del ejército que recordaba los anteriores fracasos. La causa se consideró perdida y nadie se explicaba el sacrificio infructuoso de Francia. Los soldados olvidaron su honor y el de la Patria, los regimientos enteros se declararon prisioneros entregando sus armas; y el resto del ejército retrocedió hasta Sedán en el más completo desorden.

Napoleón estaba sorprendido por el revés de fortuna que se le presentaba contrario a todo lo que él se había imaginado; el Emperador mostrando una vez más su poca fuerza de voluntad, se dejó invadir por el desaliento y en la línea de fuego se le oyó varias veces aludir a la capitulación.

Sin consultar a sus oficiales hizo enarbolar la bandera blanca en los muros de Sedán y se dispuso a parlamentar con el enviado de Guillermo I. El General Wimpffen se opuso a tal capitulación e invitó al Emperador a intentar atravesar las líneas alemanas. Las negociaciones interrumpidas fueron nuevamente continuadas por Napoleón, que olvidando su dignidad de Emperador sin hacer más resistencia, envió al general Bazaine a entregar una carta autógrafa al Rey de Prusia. Su contenido el siguiente: "Señor y hermano: No habiendo podido morir en medio de mis tropas, sólo me resta entregarte mi espada en manos de V. M.

Soy de V. M. su buen hermano: Napoleón.

Sedán, 10 de septiembre de 1870.

El ejército alemán había ignorado la presencia del Emperador en Sedán hasta que él envió su carta. Guillermo I envió a su representante a parlamentar con Napoleón y requerir la entrega del ejército y de la fortaleza y el 2 de septiembre se firmó la capitulación de Sedán, quedando prisionero el Emperador y todo el Estado Mayor. Es inexplicable la actitud de Napoleón y de su Estado Mayor que prefirieron entregar sus armas y declararse prisioneros cuando su deber era morir luchando con ellas.

La noticia de esa capitulación causó gran impresión no sólo en París sino en el mundo entero, porque hasta entonces no se registraba en la Historia, capitulación de semejantes proporciones.

El botín de guerra cogido en Sedán consistió en lo siguiente: tres banderas, 419 cañones de artillería de campaña y de plaza, 139 cañones de fortaleza, 66 000 fusiles, más de 1 000 furgones de bagajes y otros carros, y 6 000 caballos en condiciones de servicio. La noticia de este acontecimiento provocó en París la indignación general y en el momento mismo se levantó el pueblo por el gobierno del Emperador, hizo inevitable la caída del Imperio.

Se constituyó un gobierno provisional llamado Defensa Nacional presidido por el general Trochau auxiliado por Thiers, Gambetta, Julio Favre y otros. Pronto surgieron dificultades y este gobierno se fue debilitando por sí mismo. El pueblo invadió la Cámara de Diputados y se proclamó en París la República el 4 de septiembre sin encontrar resistencia. La Emperatriz se vio con estos desórdenes seriamente amenazada y obligada a huir a Inglaterra dejando a Francia invadida por los alemanes.

Por un momento se pensó que la capitulación de Sedán traería como consecuencia la paz, pero no fue así. Después de las negociaciones de Bismark, el gobierno provisional francés, que había iniciado negociaciones de paz, se decidió a continuar la resistencia. Gambetta se dirigió a Burdeos para dar impulso a la Defensa Nacional mientras París se preparaba a defenderse. Todas sus esperanzas se cifraban en Bazaine que se encontraba sitiado en Metz. Bazaine no cooperó legalmente con Gambetta y en la noche del 27 de octubre firmó la capitulación de Metz entregando 173 000 hombres con más de 1 000 cañones.

Este triunfo alemán hizo que parte del ejército de asalto marchara hacia París para reforzar las tropas que estaban en torno a la ciudad.

Los franceses tenían evidente empeño en mantenerse en las alturas que se elevaban delante de las fortificaciones de París y esperaban el refuerzo del general Ducrot que fue rechazado al tratar de unirlos. El General usó de toda su influencia para inducir a las tropas a iniciar un nuevo intento pero como eran reclutas jóvenes se negaron a seguir adelante. Mientras tanto en los zuavos, apostados en la granja de Trivaux, las granadas prusianas produjeron tal confusión que retrocedieron hacia París en completo desorden.

Los republicanos lograron sostener la defensa hasta en el mes de enero, pero a fines de éste, la serie de derrotas en Chanzy, Faidherbe y Bourbaki hicieron tomar la resolución al Gobierno de enviar a Julio Favre a Versalles para negociar la entrega de París y el armisticio general.

El 28 de enero de 1871 capitulaba París quedando obligada Francia, por el tratado de Francfort, a entregar a Prusia los territorios de Alsacia y Lorena, además de 5 mil millones de francos como indemnización de guerra.

Después de la capitulación de París la Asamblea Nacional reunida en Burdeos, nombró jefe del poder ejecutivo a Thiers. Surgieron graves dificultades por el cambio de la Asamblea de Burdeos a Versalles; por este motivo estalló en París la revolución conocida con el nombre de *Comune*, en que se cometieron todo género de atrocidades, hasta que el gobierno de Versalles logró dominar la situación. Thiers, jefe del poder ejecutivo, fue nombrado presidente de la República y procuró acelerar el pago de la indemnización para lograr que los alemanes desalojaran el territorio francés.

Francia, antes de la capitulación de París, tuvo que presenciar en Versalles la proclamación del ejército alemán de Guillermo como Emperador de Alemania. *por el ejército alemán.*

Desde la capitulación del Emperador se le condujo prisionero a Wörsenhöhe, a uno de los hermosos castillos de Alemania, en donde fue tratado con todos los miramientos que a su persona correspondían. Firmada la paz por el Tratado de Francfort el ex-Emperador se estableció con su familia en el palacio de Chiswick en Inglaterra. Napoleón en Sedán dejó de ser el árbitro en la política europea; sucedióle el vencedor Bismarck.

Napoleón no sobrevivió mucho tiempo a su derrota. Murió dos años después en el destierro. La Emperatriz presenció cómo, en la primera gran conflagración mundial, Francia recuperó a los territorios de Alsacia y Lorena. La noticia le causó gran alegría pues ella misma guardó rencor a Francia por su cambio de posición social. La Emperatriz Eugenia falleció el 12 de julio de 1929 en Madrid y por deseo expreso del rey Alfonso XIII se le tributaron honores reales trasladando su cadáver a Inglaterra, para ser sepultada en Farnborough al lado del Emperador y del príncipe su hijo.

CONCLUSIONES

EL CARACTER DE NAPOLEON III—Orgullosa, soberbio y a veces poco sincero. Aparentó ser el más fiel de los republicanos hasta lograr captarse las simpatías y la confianza del pueblo que le confió la dirección de los destinos de Francia nombrándole su presidente. Sólo reveló gran tenacidad en la etapa que va de la República a la formación del II Imperio, pues luchó denodadamente hasta lograr la meta de sus aspiraciones. Fue después inconstante y voluble a pesar de su gran deseo de sobresalir tanto en la vida pública como privada. Confió en sus merecimientos y en su propio destino. Su narcisismo llegó a veces a ser odioso.

NAPOLEON DESDE EL PUNTO DE VISTA POLITICO—Desde muy joven ejerció en su ánimo una marcada influencia el recuerdo de la política y la pasada grandeza napoleónica.

En cuanto pisa territorio francés hasta que es nombrado presidente, desplegó enorme actividad material para impresionar no sólo a Francia sino al mundo entero con sus ideas democrático-liberales.

Una vez en el poder inicia su campaña en favor de un gobierno vitalicio, no sólo como presidente sino como emperador. El pueblo francés, a pesar de sus tendencias no sólo democráticas sino socialistas, siente el deseo de volver a figurar a la cabeza de las naciones europeas y ampliar su territorio para gozar nuevamente del prestigio político e intelectual que le había dado Napoleón I, de aquí que acepte hasta el régimen imperial.

Logrado su propósito, Napoleón III pudo mantenerse firme en el poder por el brillo de su corte, por su aparente liberalidad, por la protección que dispensó a las ciencias y a las artes; por el auge económico que experimentó la Nación durante su actuación; y por sus conquistas territoriales en Asia y África.

Siempre con los ojos puestos en Francia y en el deseo de conducirla a la hegemonía europea, se decidió a intervenir en la política extranjera como lo hizo en Oriente, Italia, México, etc.

Francia se entusiasma cada vez que el Emperador interviene en asuntos extranjeros y más de una vez le perdona sus fracasos.

En su ataque a la República romana de Mazzini obró por dos

fines: el primero atraerse las simpatías de los católicos restableciendo la autoridad temporal del Santo Padre y el segundo para aparecer como liberal induciendo al Papa Pío IX a una amnistía general.

Por su intervención en Crimea alcanzó gran prestigio europeo lo que lo capacitó para apoyar a Italia contra Austria a cambio de los ducados de Niza y Saboya que anexó a Francia.

Temeroso de la actitud de los católicos y por la influencia que ejerce sobre él la Emperatriz, cambia de política y se declara públicamente defensor de los Estados Pontificios si bien no tuvo dificultad en autorizar privadamente al rey Víctor Manuel para que los anexara a su reino.

Su deseo de crear una liga latino-americana para detener el influjo norteamericano y asegurarse el comercio para Francia con las naciones de Centro y Sudamérica, lo llevaron a intervenir en el establecimiento del Imperio en México. Francia perdonó el fracaso napoleónico en América porque vio que era indispensable prepararse para contrarrestar el poderío siempre creciente del estado prusiano que podía relegarla a segundo término dentro del conjunto de las naciones europeas.

Napoleón obró desacertadamente con respecto a la política española pues temió que un príncipe austríaco o prusiano suplantase a los Borbones en la península Ibérica y alejara a España de Francia. Esta falta de tacto, el considerarse a sí mismo como árbitro de la política exterior, lo condujo al desastre. Confió demasiado en la pericia y habilidad del Ministerio de Guerra y aceptó los datos numéricos que le proporcionaban como una garantía para la eficiencia y bondad de su ejército.

Tenía grabada en la memoria la herocidad desplegada por el ejército de Napoleón I y consideraba que las armas francesas eran invencibles. Se equivocó en cuanto a su pericia de estrategia y sólo logró entorpecer con su intervención, las disposiciones de sus generales que no fueron capaces de hacerle comprender su ignorancia en cuanto a la organización, conservación y táctica militar.

Su debilidad, su inconstancia y volubilidad se ponen de manifiesto cuando se deja aconsejar por la Emperatriz que resuelve las cuestiones políticas desde un punto de vista puramente personal.

Napoleón III, en la hora del peligro, no encontró aliados porque había dejado descontentos a italianos, austríacos y en

general a toda Europa a quien había molestado con suficiencia y jactancia en los congresos y pactos intereuropeos.

Napoleón no carecía de inteligencia, pero se había hecho molesto a propios y extraños por la vanidad ilimitada que lo llevó al fracaso. Sin embargo su narcisismo fue tal que después de la derrota soñó con que el pueblo francés lo volvería a llamar para que guiara nuevamente a la Nación.

La actuación napoleónica retardó el resurgimiento republicano francés y preparó, a la postre, uno de los conflictos que sirvió de pretexto para la conflagración mundial de 1914.

BIBLIOGRAFIA

- ALTAMIRA, RAFAEL.—*Manual de Historia de España*.—Buenos Aires, 1946.
- ARNAUD, RNÉ.—*La Deuxième République et le second Empire* Hachette.—Paris, 1929.
- ÁBRY, OCTAVE.—*Le second Empire*. Arthème Fayard.—Paris, 1938.
- AUBRY, OCTAVE.—*Le second Empire*. Arthème Fayard.—Paris, 1938.
- AUBRY, OCTAVE.—*Napoléon III*. Arthème Fayard.—Paris 1929.
- BOLADERS; IDERN DE.—*Historia de las Naciones*.—Tomo III Ed. Ergui.—Barcelona.
- BRAVO UGARTE, JOSÉ.—*Historia de México*.—Tomo III Ed. Jus.—México, 1944.
- CARRERAS, L.—*Historia de la Guerra de Francia y Prusia*.
- CUEVAS, MARIANO.—*Historia de la Nación Mexicana*.—Talleres Tipográficos Modelos, S. A.—México, 1940.
- CONTE, CORTÍ, EGEN CÉSAR.—*Maximiliano y Carlota*.—Fondo de Cultura Económica. México, 1944.
- FEBRER, LUCIEN.—*Hombres de Estado*.—Hacette, S. A.—Buenos Aires, 1939.
- FISHER, J.—*Historia de Europa*.
- GOETZ, W.—*Historia Universal*.—Tomo VIII.—Espasa Calpe, S. A.—Madrid, 1934.
Tomo IX.—Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1936.
- (bis) HANOTAUX GABRIEL.—*Historie de la Nation Française*.—Tomo V.—Paris, 1929.
- HERCÉTHIER, J.—*Historia de la Iglesia*.
- (bis) HUGO, VÍCTOR.—*Napoléon le petit*.—J. Zetzel y Cia.—Paris.
- IBARRA y RODRÍGUEZ, EDUARDO.—*Historia del Mundo*.—Tomo IX.—Ed. Ramón Sopena, S. A.—Barcelona 1941.
- LORCA, BERNARDINO.—*Historia Eclesiástica*.—Ed. Labor, S. A.—Barcelona, 1946.
- MAYER, J. P.—*Trayectoria del Pensamiento Político*.—Fondo de Cultura Económica, S. A.—México, 1941.
- MOLTKE, H.—*La Guerra Franco Alemana*.—Montaner y Simón.—Barcelona, 1891.
- ONCKEN, GUILLERMO.—*Historia Universal*.—Tomo XXXVI.—El Segundo Imperio Francés y la fundación del reino de Italia.—Montaner y Simón.—Buenos Aires, 1921.
- ONCKEN, GUILLERMO.—*Historia Universal*.—Tomo XL.—La Cuestión de Oriente.—Montaner y Simón.—Barcelona, 1921.

- PEREYRA, CARLOS.—*Historia de la América Española*.—Tomos III y IV.—Ed. Sa-
turnino Calleja, S. A.—Madrid, 1924.
- PÉREZ BUSTAMANTE, C.—*Compendio de Historia de España*.—Atlas.—Madrid, 1946.
- SÁNCHEZ NAVARRO, CARLOS.—*Miramón*.—Ed. Jus.—México, 1945.
- SEIGNOBOS, CHARLES.—*Historia Comparada de los Pueblos de Europa*.—Ed. Losada.
—Buenos Aires, 1943.
- SIERRA, JUSTO.—*Evolución Política del Pueblo Mexicano*.—Fondo de Cultura Eco-
nómica.—México, 1940.
- SERRANO, N.—*Historia Universal*.
- SCHIEERER, CHRISTIAN.—*La grande Penée de Napoléon III*.—Marcel Rivère etcia.
—Paris, 1939.
- TEJA ZABRE, ALFONSO.—*Historia de México*.—Sria. de Relaciones Exteriores.—Mé-
xico, 1935.
- VALENTÍN, V.—*Historia Universal*.—Tomo III.—Ed. Suramericana.—Buenos Ai-
res, 1943.
- VILARASA, EDUARDO Y GATELL, JOSÉ ILDEFONSO.—*Historia Documentada de Pío IX*.